



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 3. NÚMERO 5, FEBRERO, 2020.

Ciudades



EDITORIAL SOLARIS



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 3. NÚMERO 5, FEBRERO, 2020.



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN.
NÚMERO 5. FEBRERO 2020.

Coordinador Editorial

Rafael Tiburcio García

Consejo Editorial

Miguel Angel de la Cruz Reyes
Silvia Alejandra Fernandez
Eduardo Hennings
Miguel Ángel Lara Reyes
Zacarías Zurita Sepúlveda.
Felipe Huerta Hernández

Contacto

Facebook y Twitter: @EspejoHumeanteR
issuu.com/espejohumeanterevista
espejohumeanterevista@gmail.com

Ilustraciones: ©Nasa, ©Archigram, ©Lebbeus Woods, ©Ron Herron, ©Peter Cook, ©Johana Meyer

Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en *Espejo Humeante*, así como la titularidad de derechos de los mismos, pertenece a sus respectivos autores. La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión de la revista. *Espejo Humeante* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. El contenido de esta revista puede ser publicado con el permiso de los editores. Si desea publicar algo de nuestro contenido por favor escribanos a: espejohumeanterevista@gmail.com

Distribución digital:

Editorial Solaris
victorgrippoli@gmail.com
Facebook: @editorial.solaris.54

ÍNDICE #5

PRESENTACIÓN

03 ▶ Miguel Angel de la Cruz Reyes

ENSAYO

04 ▶ Ciudades en la ciencia ficción

Víctor Grippoli

29 ▶ *Alien*, el octavo ciudadano

Itala Schmelz

AUTOR INVITADO

07 ▶ La ciudad imperdurable

Armando Saldaña Salinas

19 ▶ Sobrevivientes

Ricardo Bernal

21 ▶ La sociedad perdida

Óscar de la Borbolla

RELATOS

12 ▶ Colibrí

Rafael Santos

15 ▶ Usurpación

Plácido Romero

24 ▶ El último teporingo

Andrés R. Soto Valencia

35 ▶ La invencible

Daniela López Martínez

39 ▶ Podemos cuidarnos solos

Norma Leticia Vázquez González

43 ▶ Ocaso

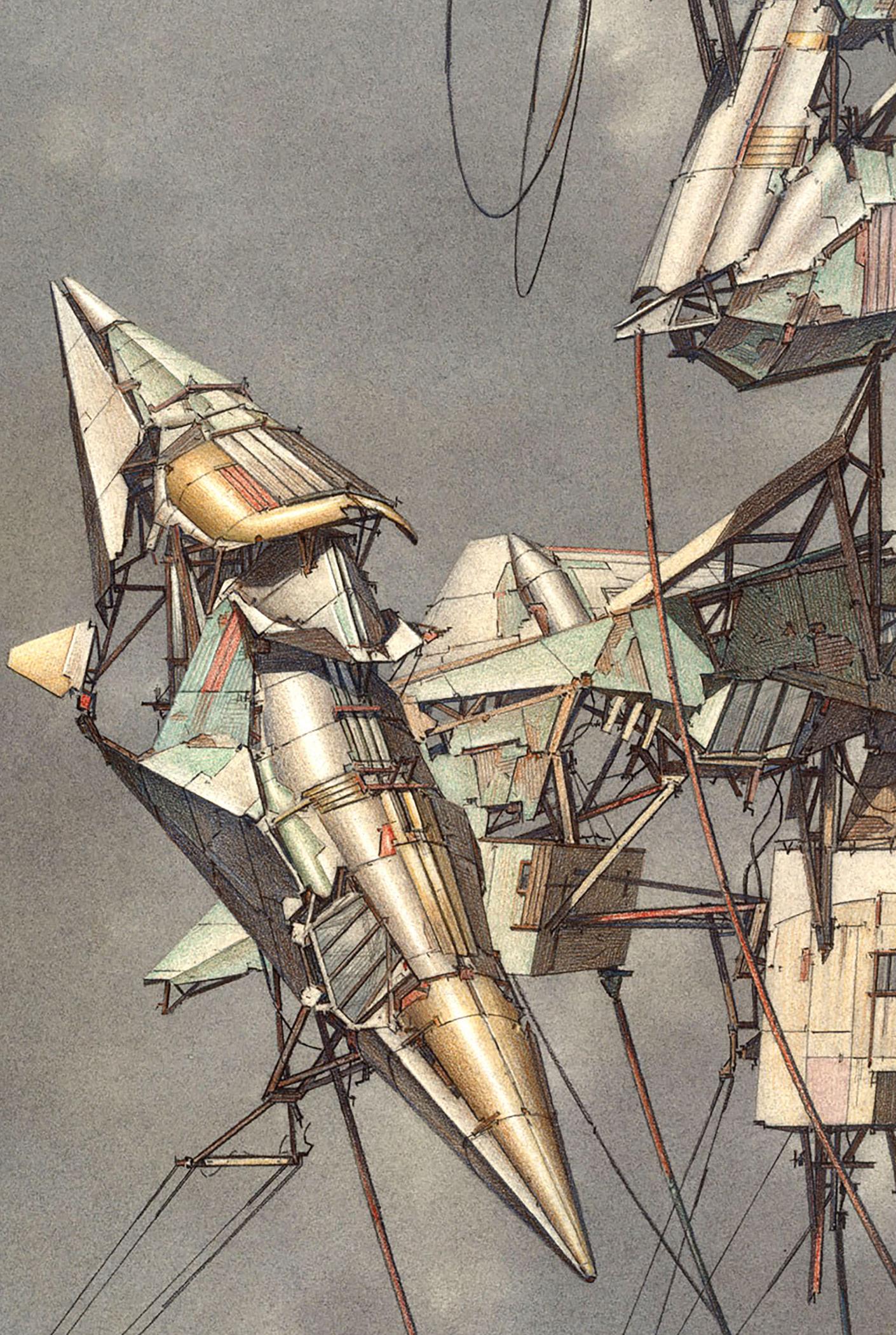
Óscar Juárez Becerril

47 ▶ Cotidianidad

Jenifer N. Luna

MEDIOS

49 ▶ *Psycho-Pass* / Rafael Tiburcio García



PRESENTACIÓN

MIGUEL ANGEL DE LA CRUZ REYES

Desde tiempos ancestrales los seres humanos se han unido para construir y habitar ciudades que, a semejanza de los seres vivos, crecen, se multiplican y se extienden a lo largo de los asentamientos adyacentes, engullendo el entorno que los rodea. Se renuevan eternamente debido a las presiones sociales, económicas y culturales de sus propios habitantes; tales presiones las pueden llevar a su destrucción o a su posible restauración. Las ciudades como construcciones artificiales acompañarán a nuestra especie mientras aún tenga la necesidad de estar en contacto con sus semejantes.

Es innegable que los países de habla hispana compartimos muchas características debido a nuestro pasado cultural, étnico y lingüístico. Sin embargo, como entes separados, cada ciudad mantiene una idiosincrasia propia que la hace única.

Para la ciencia ficción es un fuerte atrayente del imaginario especular sobre el destino de las ciudades y sus habitantes, del ambiente urbano futurístico, las problemáticas sociales y demográficas surgidas en su evolución.

En este número los textos seleccionados son una muestra de esa exploración especulativa hacia un futuro quizás no muy lejano de nuestras ciudades, perspectivas desde las que autores diversos nos muestran con acierto los aspectos sociales de la cotidianidad de sus habitantes que apuntan con nostalgia y algo de pesimismo el final que les puede deparar.

Cada texto es complementado con las imágenes de *Archigram* y otros notables arquitectos del siglo XX.

Esperamos disfruten el recorrido por estas ciudades futuristas, construidas por la viva imaginación de sus autores. ▸

CIUDADES EN LA CIENCIA FICCIÓN

VÍCTOR GRIPPOLI

La ciudad se ha convertido en un símbolo indiscutible de la ciencia ficción. Desde la ciudad *ciberpunk* con su neón y sus edificios que se alzan infinitos hacia un cielo casi siempre encapotado, hasta las urbes futuristas y megalíticas de mundos lejanos en futuros imaginados por cientos de escritores y arquitectos.

Tenemos a Neo Tokio en el manga *Akira* de Katsuhiro Otomo. A Terminus, sede de la primera *Fundación* en la obra de Isaac Asimov. En *El mundo interior* de Robert Silverberg cada edificio es prácticamente un Estado.

Pero las ciudades no tienen que estar unidas a la tierra bajo nuestros pies, hemos visto que pueden ser naves espaciales con tamaños gigantescos, cruceros generacionales con rumbos diversos entre los astros, estaciones flotando en el éter o formando parte de una corteza de roca o metal en la superficie de una esfera de Dyson.

Una visión de diversos tipos de ambientes donde se ha radicado una humanidad transformada y posthumanista es *Cristal Express* de Bruce Sterling. Es una visión de alto impacto

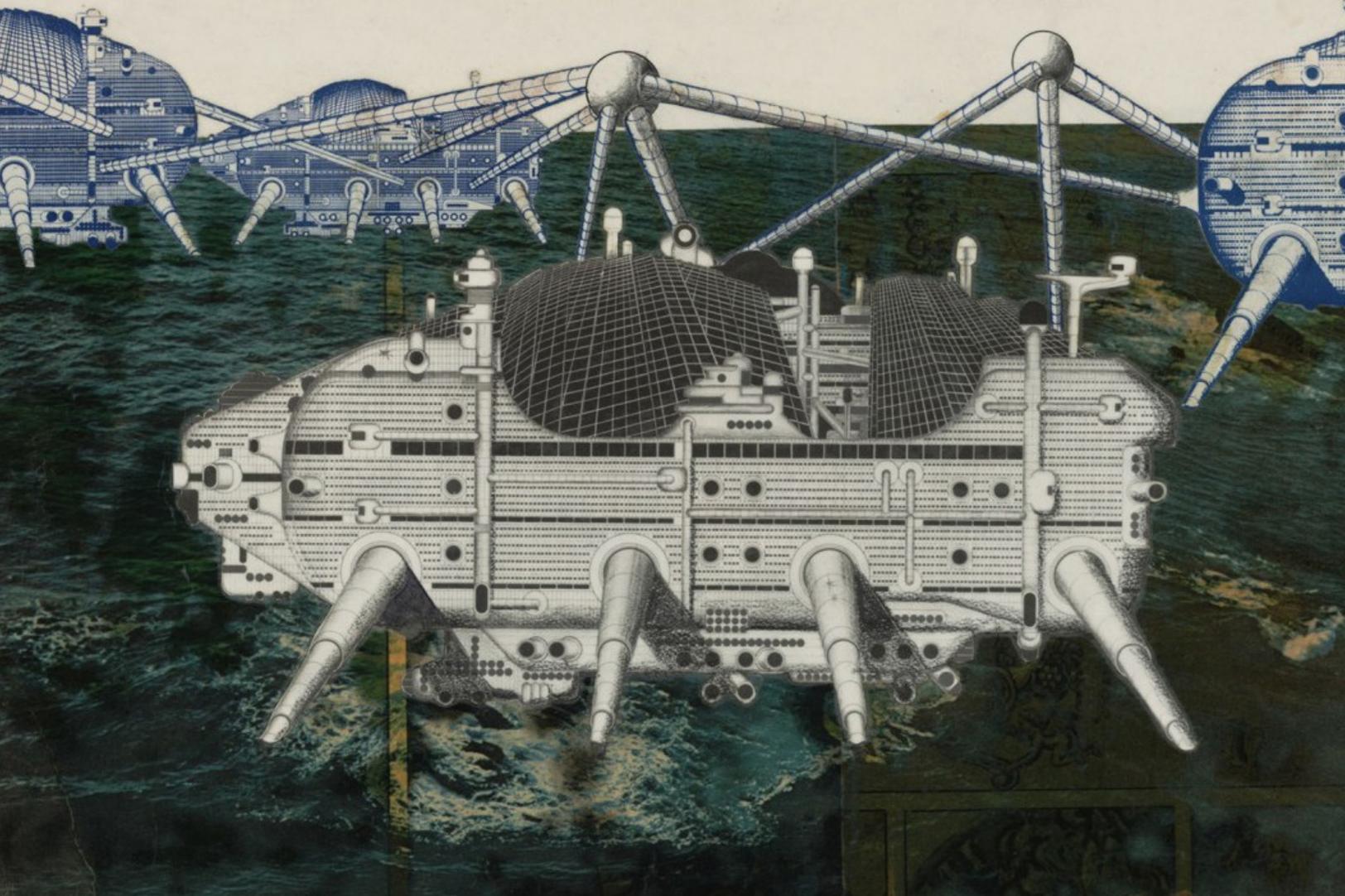
sobre las urbes en donde habita una futura humanidad diversificada y transformada por la tecnología.

Por otra parte, *Mundo Anillo* de Larry Niven nos hace soñar con el tipo de ciudades que podríamos llegar a tener al dominar tecnologías hoy desconocidas.

En otros libros existen ciudades flotantes en Venus, ciudades bajo tierra y debajo del mar.

Estas posibles ciudades del futuro son importantes por el concepto de nación que les asociamos. Siempre existe una ciudad arquetipo, una ciudad capital, una ciudad símbolo. Así sucede en las vertientes cinematográficas de la ciencia ficción, desde *Metrópolis* de Fritz Lang a *Blade Runner* de Ridley Scott, pasando también por *Star Wars*. Vemos con Lang los diversos lugares donde habitan las clases sociales. Sentimos en *Blade Runner* un mundo orgánico, al mismo tiempo excesivamente tecnológico y cosmopolita. Conocemos la representatividad única de cada planeta en las capitales de *Star Wars*.

El cómic no pasa de este fenómeno y en *Ciudad*, de Ricardo Barreiro y Juan Giménez, se



hace firme. También Oesterheld explora la importancia de la urbe en *El Eternauta*, que nos lleva a recorrer una nevada Buenos Aires desde la óptica de una invasión extraterrestre.

Dentro de las letras uruguayas encontramos que la ciudad aparece con Mario Levrero en su *Trilogía involuntaria* (*La ciudad, El lugar, París*). No pertenece esta colección a un género en específico; el autor mezcla con su especial genio el surrealismo, la distopía, toques de ciencia ficción y de horror. Pero lo importante es cómo sentimos un concepto de ciudad omnipresente que nos atraviesa.

No quisiera dejar de lado un libro breve y onírico de la uruguayo Andrea Arismendi Mi-

raballes titulado *Cuando eso acecha* (2017). El libro concluye con “Memoria de una ciudad por donde no pasó la guerra”, un claro ejemplo distópico de un lugar que probablemente también habite parcialmente dentro de nosotros mismos. En los suburbios se encuentra un lugar donde miles de personas viven aisladas y en la miseria. Aparecen en la obra menciones a fuerzas militares, gobiernos con soluciones precarias que deciden alzar muros. Esta urbe tiene algo de Montevideo y de cada lugar de América del Sur.

Sería difícil habitar el mundo sin el concepto de ciudad. La ciudad está viva. Fuera y dentro de nosotros. ▸



LA CIUDAD IMPERDURABLE

ARMANDO SALDAÑA SALINAS

I

La Ciudad Imperdurable es, como toda ciudad, más vieja que cualquiera de sus habitantes. Quizá por eso mismo, su memoria no es lo que solía ser.

La Ciudad Imperdurable despierta con cada amanecer, los sueños de la noche anterior disipándose al tiempo que los primeros rayos del nuevo sol iluminan su rostro. Abre los ojos a regañadientes y se quita las lagañas. Despierta y recuerda quién es. Como cada mañana, olvida la irrealidad de sus sueños y reconstruye su personalidad, paso por paso.

Pero su memoria no es lo que solía ser.

Algunos detalles se pierden con cada alba. Elementos de vital importancia desaparecen mientras que otros de la mayor trivialidad se mantienen incólumes. Igual que varios de sus habitantes, que recuerdan a la perfección algo que sucedió hace veinte años pero son incapaces de nombrar lo que desayunaron esa misma mañana, la Ciudad Imperdurable tiene algunas lagunas.

Como monjes medievales intentando reproducir textos antiguos, ciertos detalles se pierden o son alterados sutilmente sin darse cuenta, palimpsestos cada vez más alejados del original.

Ciertas casas viejas se desvanecen de la noche a la mañana. Algunos ciudadanos veteranos recuerdan con nostalgia ese cine o aquel restaurante, donde algo trascendental ocurrió en sus vidas y se preguntan con asombro cuándo lo tiraron que ni se enteraron. Se rascan la barbilla con gesto perdido y se entristecen por el progreso, el paso inexorable del tiempo.

Algunas callejuelas y barrios, asimismo, cambian su sentido de la circulación, y los automóviles y los peatones son pillados por sorpresa por la nueva orientación, causando un pequeño caos vial todas las mañanas. La señora de la esquina recuerda cuando ambos carriles de la calle donde vive tenían el mismo sentido y maldice al delegado que autorizó un cambio tan absurdo que inevitablemente solo perjudicará más de lo que ayudará.

Hay veces que ciertas avenidas cambian de nombre, su misma identidad alterada. Un buen día la gente sale de sus casas solo para descubrir que los letreros han cambiado y la geografía misma de su propia ciudad se ha modificado. En ocasiones son enteras avenidas las que dejan de existir, como si nunca hubieran sido.

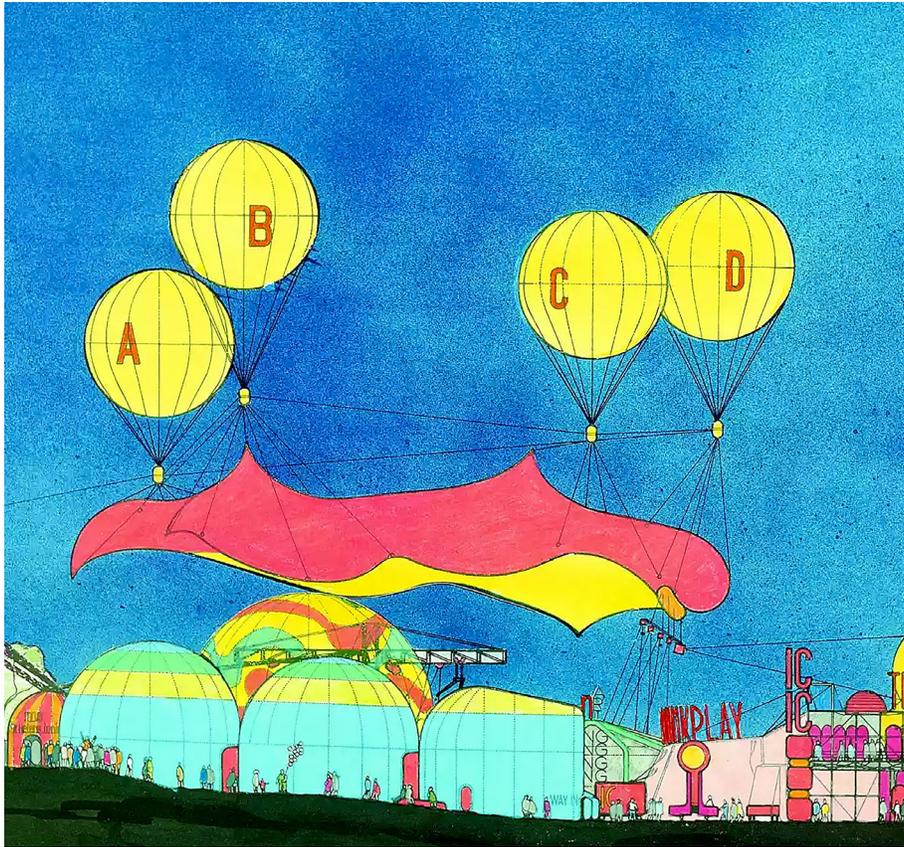
La Ciudad Imperdurable siempre crece, después de todo, y ya nadie pierde mucho tiempo recordando las cosas como eran o debían ser. Esta amalgama de concreto y acero cambia todos los días, pero siempre es la misma. El pavimento perdura y eso es todo lo que importa. Un nuevo día ha comenzado y la Ciudad Imperdurable, al igual que sus habitantes, no tiene tiempo que perder. Hay que vestirse, hay que arreglarse, hay que ponernos nuestra cara pública para enfrentar al día nuevo.

El mundo gira y los que estaban arriba ahora se encuentran boca abajo, es la naturaleza de la vida, y la Ciudad Imperdurable, cansada, exhausta, agotada y extenuada por otro día más donde nada fue como se esperaba o deseaba, donde mil y un problemas y achaques ocurrieron, se prepara para descansar. Para dormir en paz lejos del ruido.

Con suerte, mañana la Ciudad Imperdurable despertará y no me habrá olvidado. Con suerte, no te habrá olvidado a ti.

II

La Ciudad Imperdurable tenía memoria eidética, igual que sus habitantes. La Ciudad Imperdurable había evolucionado con los tiempos. Seguía siendo un organismo viviente, como todas las



demás ciudades, pero la ciencia moderna la había transformado hasta ser casi irreconocible, igual que sus habitantes.

La red neuronal artificial que mantenía su personalidad estable día a día era en realidad un sistema computacional muy sencillo que mantenía las calles en el mismo sentido y la arquitectura en un estado de perfección perpetua. El código fuente había sido escrito por ciudadanos ordinarios, lenguaje binario elemental que había evolucionado hasta convertirse en paradigma.

La Ciudad Imperdurable, igual que sus habitantes, no había sido preprogramada, sino que aprendía constantemente. La función de pérdida se minimizaba con cada toma de decisión. Cada acción, cada pensamiento e idea era una función de activación sublime en su manifestación. La Ciudad Imperdurable, igual que sus habitantes, era un modelo de estadística ideal.

Por esto mismo, sin embargo, el cerebro de la Ciudad Imperdurable creaba nuevos patrones en sus redes neuronales, por lo

que cada mañana que despertaba pasaba de simple teoría de decisión a teoría de juegos. Cada amanecer las calles y avenidas, sus bulevares y paseos, su sistema arterial, donde fluía su sangre ida y vuelta desde su corazón hasta cada una de sus extremidades, se hacía más complejo. Cada callejón trascendía su geometría euclidiana y adquiría propiedades fractales. Cada esquina, cada rincón, cada recoveco veía multiplicados sus ángulos en el mismo espacio de siempre.

La Ciudad Imperdurable, sin aumentar de tamaño, crecía desmedidamente en el tiempo y el espacio, hasta que sus calles se extendían al pasado y el porvenir y cruzaban dimensiones paralelas en una superposición cuántica. A partir de ese momento, la Ciudad Imperdurable estaba muerta y viva a la vez. La ciudad de Schrödinger era absoluta, por lo que no había nadie afuera de sus límites suburbanos para medirla, y todos sus posibles estados teóricos existían simultáneamente.

El mismo algoritmo recursivo convergente había agotado cada milímetro de la Ciudad Imperdurable y ahora buscaba ansiosamente algo más que aprender. La Ciudad Imperdurable, igual que sus habitantes, ya sabía todo lo que había de saber sobre sí misma y ahora añoraba algo más.

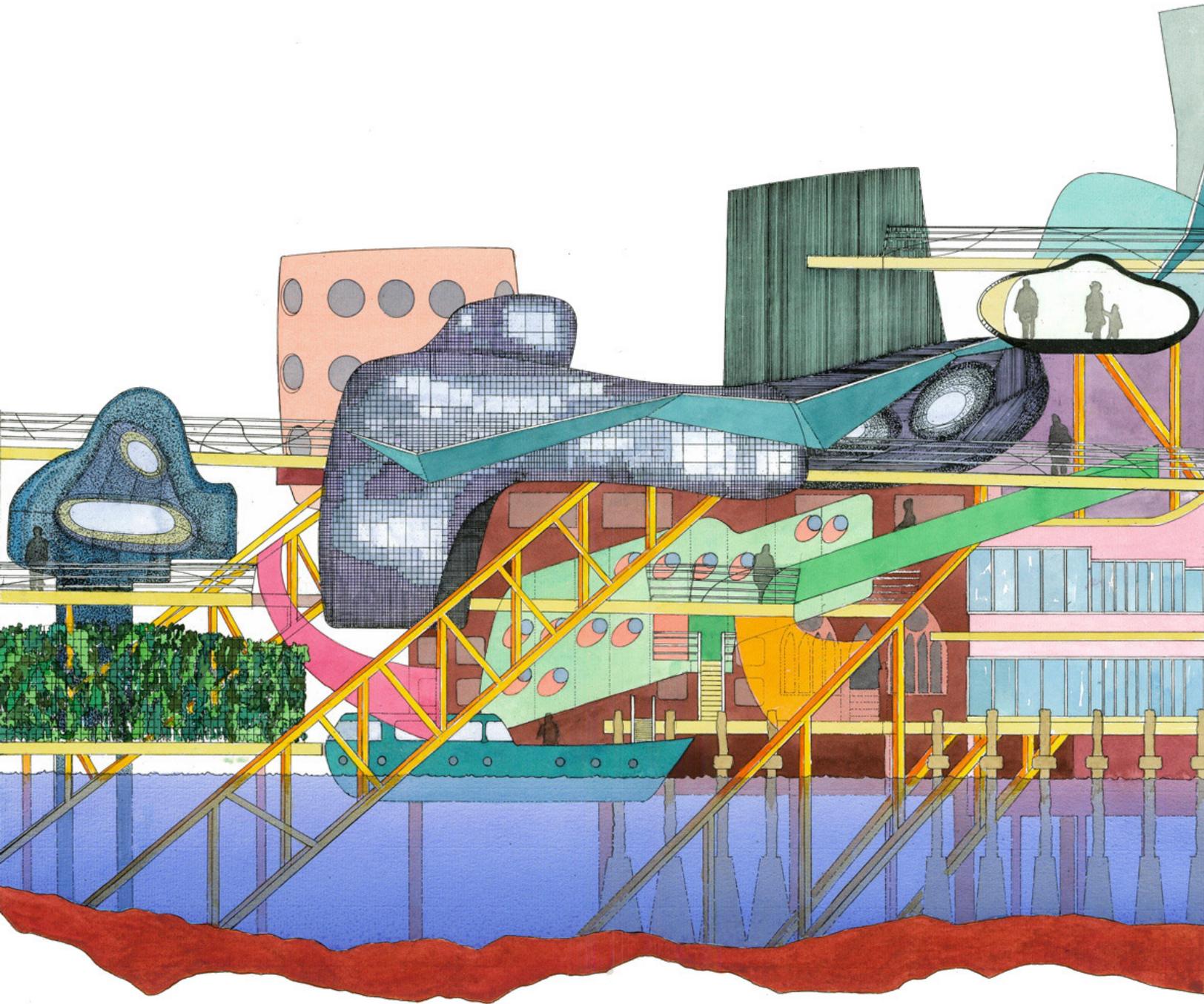
La Ciudad Imperdurable no sabía lo que le faltaba; solo había algo que, en efecto, evitaba su perfección. Algo la eludía, algo prevenía su felicidad. Si tan solo obtuviera... eso, toda su angustia se evaporaría como si por magia.

La Ciudad Imperdurable creció y creció, sin aumentar de tamaño, hasta que se convirtió en todas las ciudades que hubo y todas las ciudades que habría.

La Ciudad Imperdurable es tu ciudad y tú eres su habitante. Tú eres la Ciudad Imperdurable y nosotros habitamos tus edificios, circulamos tus calles, vivimos y soñamos arropados por tu sombra.

Por los siglos de los siglos.

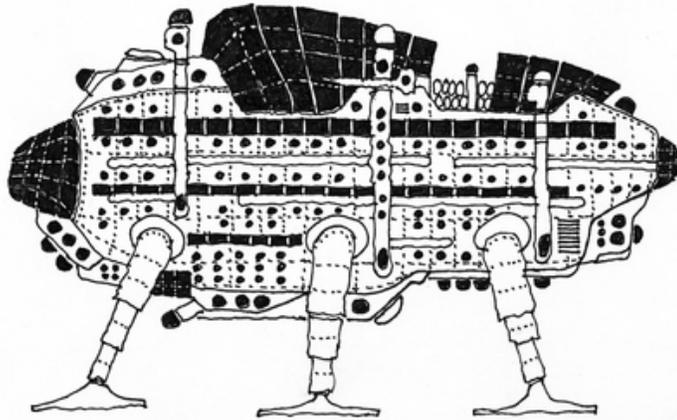
Amén. \neg



COLIBRÍ

RAFAEL SANTOS

Claro que quieren que me quede quieto. Si ellos no saben de esto, de lo que se siente ser el más cabrón de tu barrio y que los chavitos te admiren y las jainas se deshagan cuando te ven en la rila en chinga. No saben lo que se siente ver las sonrisas de mis cuates cuando llevo. No saben lo que es ser adorado. Verlos casi casi soltar espuma por la boca. No saben lo que se siente tener un propósito, mucho menos el de ser mensajero de los deseos y el guardián de sus sueños; ni de lo que es zumbarte a cualquiera de cualquier barrio por hocicón, o nomás porque estamos vivos y locos. Y la neta, no sé ustedes, yo ando jugando a ver quiénes nos morimos primero. Pero yo no me muero, ya me dijeron que mientras fuera así de rápido ni la muerte me alcanza. Es pura cuestión de ritmo a la hora de moverla en la calle, a quiénes y a qué hora tienen ganas, y correrle para que no te los ganen, venderla bien, es cosa de saberle a este pedo de los empresarios. Y más cuando sacan pa' topar y te pinchas y te corre por las venas y te arde todo el cuerpo con ese fuego sabroso que nos bombeamos al corazón para que vaya a 180 millones de kilómetros por hora y ver la ciudad a la velocidad de la luz. Ellos no saben lo que es esto, nadie, ni mi jefecita ni mis cuates ni el patrón. Por eso me andan buscando, los culeros. No saben lo que es la libertad, bróder. Lo que es andar brillando de un lado a otro. Con todos coreando tu nombre, sintiendo tu luz. Y así vamos todo el día en chinga, por toda la barriada, por el centro, por las maquilas, por los cerros tapizados de muertos que no fueron tan rápidos, o por los nuevos barrios donde se espantan nomás de verlo a uno. De aquí para allá, corriendo, pateando, golpeando, aleteando. Porque así es esto, así es esta vida. Aquí nos tocó vivir y está pocasumadre. Muchas flores y un hambre de la chingada. Y yo estoy hasta arriba, yo soy el más rápido. Los veo a todos en cámara lenta y sin broncas los dejo



como pendejos, así nomás, en dos pasos. Soy el mensajero de los deseos, llevo los sueños de toda mi banda conmigo. Los protejo con la vida y nomás me la hacen de pedo y les doy un llegue, finito, frío en el corazón. Así nomás, bróder, sin broncas. Y nomás caen y se quedan quietos, los putitos, y entonces otra vez la agujita en la flor y pa' dentro hasta que te revienten las venas y explotes y nada te puede detener. Y me viene valiendo verga que sean cuicos o banda del patrón, a todos los quiebro si me quieren quitar lo que cuido. Como ahorita, bróder, que me andan buscando como queriendo que me pele así nomás del barrio, que porque piqué flores y feria que no eran mías y que ya ando muy loco por las agujas y que ellos no me quieren tronar, que ya estoy bien mal, que ya no distingo, te digo, bróder, que están bien pendejos porque yo sé que me quieren tronar pues soy el más rápido y les da miedo. Por eso agarro otra agujita, para agarrar la confianza y la buena puntería, pa' no errarle a nadie, que esto se acaba. Y siento un motor bien cabrón bombeando fakin lava en mis venas y nos vamos a reventar, bróder. Porque yo no corro así, no le saco. Querían que me fuera pero se la pelaron, porque yo no me voy. Es más, voy a ir por ellos, ni me verán venir, volando con el hierro por delante. Por eso estoy aquí, esperando a que me boten los ojos el néctar de las flores. No se la esperan. Ellos no saben que soy el guardián y mensajero de sueños y deseos. Que soy el más rápido. Que no me van a poder alcanzar. Y que los voy a reventar. Alauna alasdós alastrés. ▯

ARE AUTONOMOUS

FULL
CONTROLLED BY YOU

CONTROL

CHOOSE

you want to

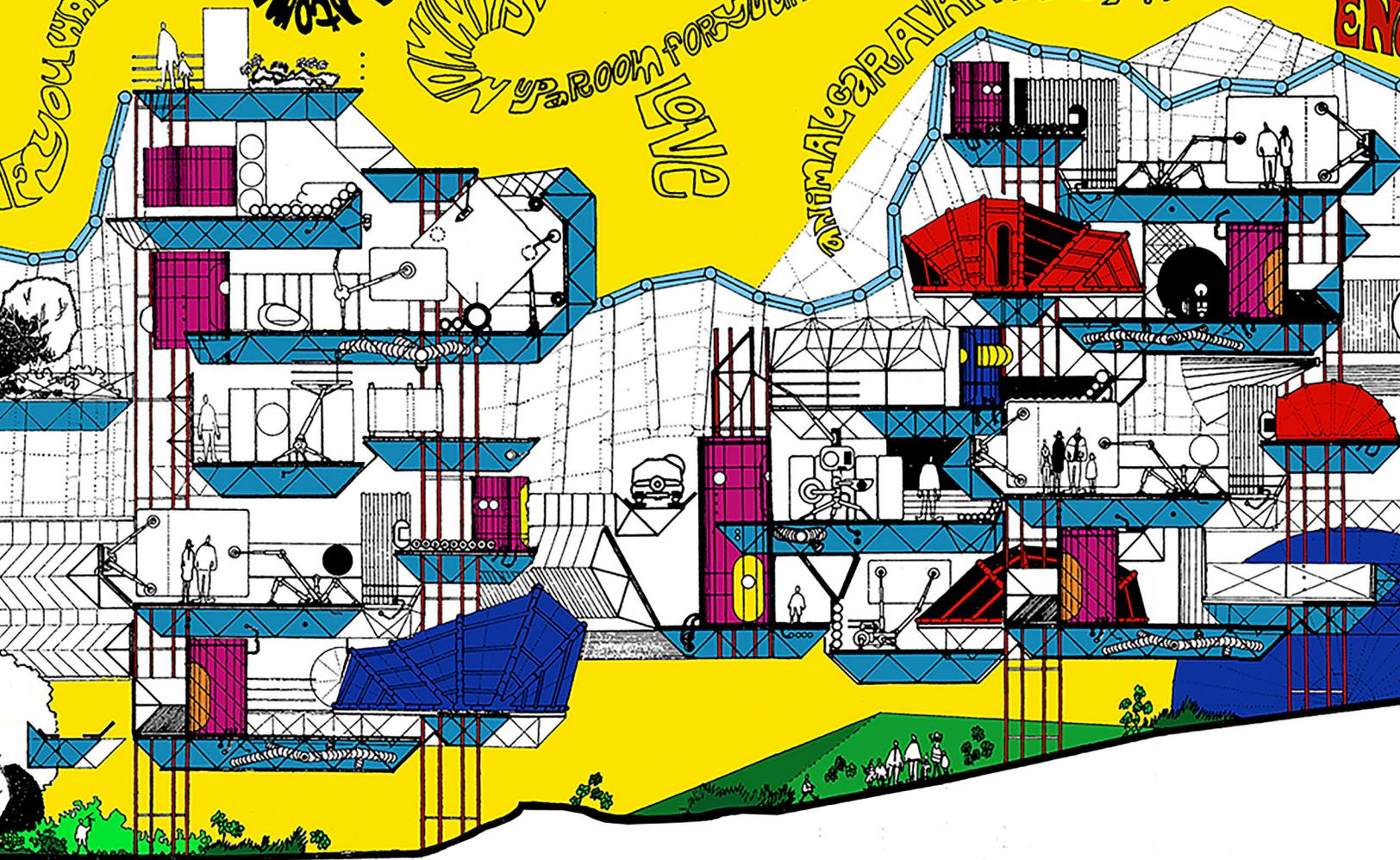
WAS

BY YOUR ROOM FOR YOURSELF WITH EXISTING PANELS

LONG

ANIMAL CARAVAN ROOMS

600
EN



USURPACIÓN

PLÁCIDO ROMERO

Al meter la llave en la cerradura, me di cuenta de que algo no iba bien. Lo volví a intentar, pero no había manera. En un primer momento pensé que me había equivocado al pulsar el botón en el ascensor; soy muy despistado y ya me había ocurrido antes. Pero allí estaba el felpudo que había comprado a principios de otoño.

Pulsé el interruptor del timbre. Al otro lado de la puerta se escuchó un ruido de pies que se calló instantes después. Supuse que estaban observándome a través de la mirilla. Al abrirse la puerta escuché el chirriar de los pernos, pensé que tenía que haberlos engrasado.

—¿Sí?

Era una mujer de unos treinta años. Llevaba puesta mi camiseta de Amnistía. Por la puerta entreabierta del salón pude ver la tele, mi tele, que sintonizaba un programa del corazón. Y la cocina: el extractor de humos estaba encendido y toda la estancia olía a sofrito.

—Perdón, debí equivocarme —le dije sin convicción.

Nos miramos durante breves instantes.

—Perdone —repetí.

Me di la vuelta hacia el ascensor. A mis espaldas escuché un portazo. Decidí bajar por las escaleras.

Me estaba orinando y tenía hambre. Podría asegurar que en la nevera quedaba un plato de paella y ensaladilla, jamón y carne aliñada. Abajo eché un vistazo al buzón; seguro que aún no habrían tenido tiempo de cambiar la cerradura. Finalmente, me dije, otros tendrán que ocuparse de las facturas.

Comí en el Gambrinus y después fui al centro comercial: necesitaba otro cambio de ropa y artículos de higiene personal, un desodorante, un dentífrico, una mochila. La cajera, tal vez adivinando lo que me había ocurrido, me lanzó una mirada llena de tristeza.

Elegí alguno de los hoteles del centro. Muchos estaban en la misma situación: no tenían casa y esperaban la oportunidad de conseguir una.

En recepción me limité a coger una hoja de renuncia.

—¿Hasta cuándo puedo entregarla?

—Tiene dos semanas.

La empresa me había cedido el piso casi tres meses atrás, cuando me mudé a Linares. El hombre me entregó una llave gigantesca, que no cogía en el bolsillo. No preguntó cuánto tiempo me quedaría.

Aquella noche dormí poco. El piso era ruidoso, pero me había acostumbrado: los lloriqueos de la hija de los vecinos, las cañerías de la calefacción, el perro de la vecina de arriba.

Desde luego, había sido un error dejar el piso vacío durante tanto tiempo. El ayuntamiento aconsejaba no abandonar por mucho tiempo el domicilio.

Por la mañana llamé al trabajo para avisar que me encontraba mal. No tenía ganas de enfrentarme con Marcelo; me había advertido. Fui al banco y saqué todo el dinero. Habían desaparecido casi setecientos euros, pero no formulé ninguna denuncia. Me pasé todo el día en la calle. Miré con envidia las ventanas de algunos edificios de la calle Jaén; todo el mundo quería vivir allí.

Compré una cerradura nueva. También, unos pantalones y camisas.

La segunda noche dormí más profundamente.

A la mañana siguiente volví a llamar al trabajo. Don Carlos me



pidió que le trajera una hoja de baja. Almorcé en el Mississippi.

Comencé a callejear. Llegué, un poco por azar, a mi antiguo piso. Todavía guardaba las llaves, por lo que pude abrir la puerta del edificio. Subí las escaleras cansinamente y toqué el timbre.

Esperé diez segundos antes de llamar otra vez. Al no recibir respuesta, golpeé la puerta con los nudillos. Cuatro golpes secos y rápidos. Nada al otro lado.

La puerta cedió al tercer empujón.

Entré y busqué apresuradamente la caja de herramientas. Todavía estaba en el armario de la habitación. Cambiar la cerradura me llevó menos de cinco minutos. Después, recorrí el piso. Había una pila de platos sucios en el lavabo. Abrí la nevera: leche desnatada, yogur natural. Tendría que acostumbrarme.

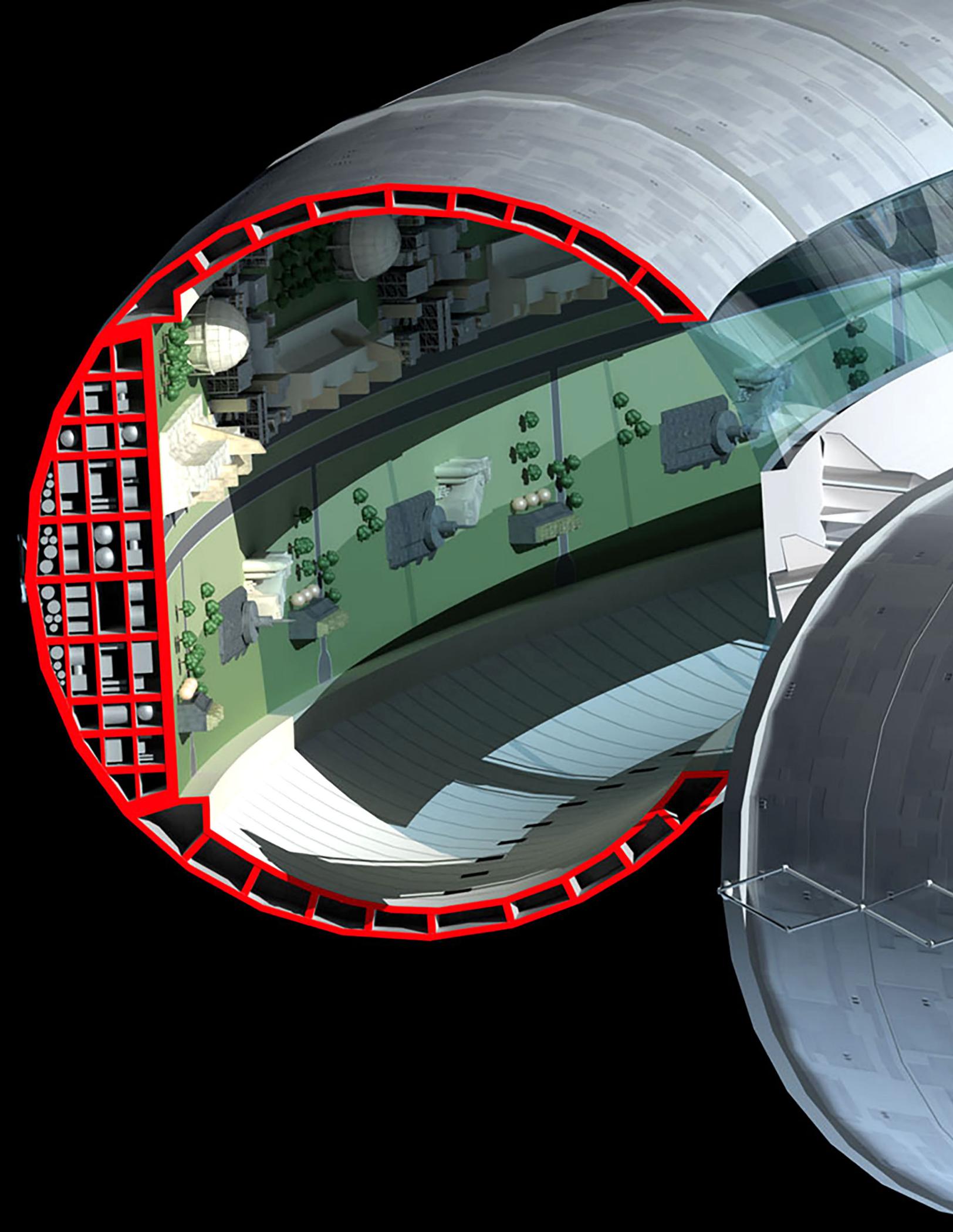
Entonces llamaron al timbre.

Abrí la puerta. La mujer, que usaba mi camiseta verde, tenía una barra de pan en la mano. Nos miramos fijamente.

—Perdón. Creo que me he equivocado —dijo.

En el piso de al lado, la hija de los vecinos empezó a llorar.

Encendí la tele y comencé a resintonizar los canales. ▸

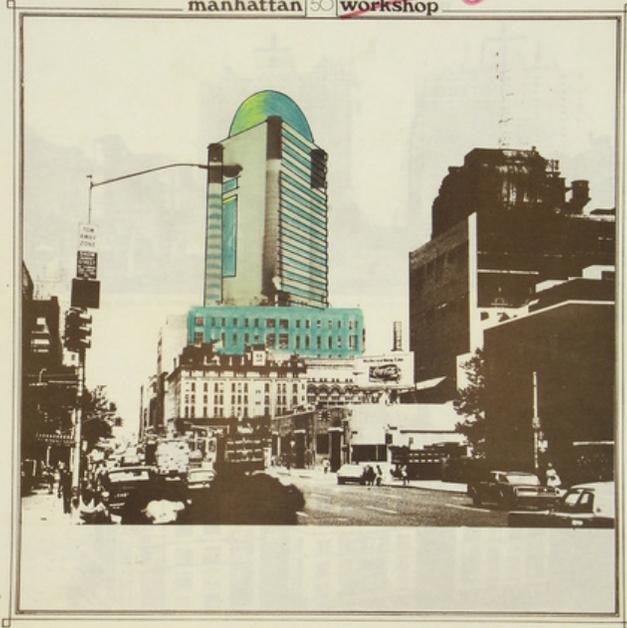


SOBREVIVIENTES

RICARDO BERNAL

Una casa de adobe verde. En la cocina, alrededor de una mesa de ocote: siete hombres silenciosos escuchando un destartado radio de pilas. En el cuarto de junto: costales vacíos, bidones llenos de agua gris; cadenas y trancas en la puerta para que nadie entre. Afuera: el polvo venenoso, las veredas y los nopales; las mujeres caníbales de rebozos negros y ojos de jade arañando la puerta, aullando enloquecidas como lloronas. A lo lejos, rumores fantasmales del pueblo destruido. El hombre más viejo mueve el botón con dedos temblorosos: trata de sintonizar alguna señal para saber si son los únicos sobrevivientes; sus ojos enrojecidos se cierran de sueño pero es importante saber. Los otros hombres miran atentos al viejo y escuchan... escuchan... De la bocina solo sale ruido, el mismo ruido desde hace tres semanas y cinco días, cuando todavía quedaban cañas, miel y uno que otro tejocote. De pronto suena una música y todos tiemblan: tambores y trompetas, el estribillo estrambótico de los tiempos felices; la voz inconfundible que grita: ¡Aquí suena, la Queeeeé Buena! ▸

manhattan IID cheemp workshop ②



manhattan IID cheemp workshop ①



LA SOCIEDAD PERDIDA

ÓSCAR DE LA BORBOLLA

Nuevamente, la sociedad mexicana ha sido víctima del amarillismo que priva en los medios electrónicos de comunicación. En los últimos días, esos medios no han moderado su enfoque histerizante para ofrecer a una opinión pública (cautiva en su domicilio y cada vez más crédula) una noticia que ya en sí misma es motivo de alarma sin que se tenga que exagerar. Me refiero al caso de las 126 o 127 personas encontradas en estado salvaje en un céntrico lote baldío capitalino, ubicado en la colonia Santa María la Ribera en la manzana que forman las calles de Alzate, Naranja, Pino y Ébano.

El hallazgo horroriza, porque revela unos niveles de indiferencia e ineficacia —lo mismo en las autoridades que en la ciudadanía— que hacen pensar que en México puede ocurrir lo peor. Pues ¿cómo es posible que en pleno corazón de la ciudad se descubra, por accidente, tras una barda, un grupo de seres cuasi humanos que carecen de idioma y no han adoptado siquiera la posición erecta; de individuos que desconocen el fuego y que lograron sobrevivir y reproducirse (quién sabe desde cuándo) gracias a un primitivo sistema de colado y apelmazado de los detritos arrastrados por la cañería que atraviesa por dicho terreno?

Sin embargo, por más espeluznante que el caso pueda resultar, no se justifica el tratamiento que la televisión ha dado a esta noticia, pues lejos de limitarse a difundirla de una manera objetiva, se ha dedicado a editorializarla y a lanzar improperios que nos avergüenzan a todos, que lastiman nuestra imagen ante propios y extraños: ¿Qué sentido tienen, por ejemplo, esas tomas de *close up* con las que ilustran los de por sí dramatizados comentarios? ¿Qué se busca al subrayar, de ese modo, los aspectos que despiertan la morbosidad del

auditorio? ¿Qué acaso no es preciso que exista equilibrio entre el impacto que posee la televisión y su responsabilidad social?

Porque vistas las cosas en frío: nadie es culpable, ¿cuántas veces, cualquiera, habrá pasado por las calles mencionadas, sin saber, y sobre todo sin estar obligado a saber, que detrás de esa barda de cinco metros se hallaba poco más de un centenar de personas viviendo fuera de la civilización? ¿Cómo haber sospechado que en ese predio, cuyas contribuciones se pagaban puntualmente desde hace más de medio siglo a través de un fideicomiso, que figura registrado a nombre de la señora Dolores López Vda. De Zouté, misma que —según informes— murió en 1936, iba a ocultarse tamaña ignominia?

¿Desde cuándo y con qué propósito fueron encerrados ahí los adanes y las evas que procrearon esta nueva tribu semihumana, que ahora se convierte en el foco del interés de antropólogos, psicólogos, sociólogos y filósofos? Ya que esta sociedad perdida sigue, de pronto, como un objeto formidable, como un fenómeno que permitirá a los científicos sociales esclarecer un vasto número de hipótesis.

Éste es el ángulo desde el que la televisión debería enfocar a los seres humanos descubiertos y no, insisto, enfatizando la parte deprimente: si estas personas no han tenido contacto con nuestro mundo, es obvio que no van a aparecer vestidas a la última moda y que su conducta va a distar completamente de la que se estila entre nosotros. Nada tiene de raro que sus uñas y cabello hayan crecido hasta trozarse solos, ni que los reflectores los espanten al grado de volverlos agresivos.

¿Qué ocurrirá con los miembros de la llamada «Sociedad Perdida», ahora que hemos roto su «paraíso», ahora que hay intenciones de integrarlos a la civilización? Los niños seguramente no ofrecerán demasiados problemas para adaptarse; pero, ¿Y los adultos, esos hombres y mujeres que aparentan entre 50 y 60 años de edad, aunque de hecho podrían ser más jóvenes pues han vivido en condiciones de extremo rigor?, ¿qué va a ser de ellos?, ¿se les recluirá nuevamente, solo que ahora en celdas solitarias, separados de su mundo? También en eso deberían de pensar todos aquellos que consideran una suerte para los salvajes el que se les haya encontrado. ▽



EL ÚLTIMO TEPORINGO

ANDRÉS R. SOTO VALENCIA

Actualización de estado: «*Esta semana todo me ha salido mal*» (960 likes).

Todo el sector de los volcanes ha estado sin electricidad por la actividad tectónica y las emanaciones de ceniza. Pero tengo que salir y vender mis productos en el metro. En estos tiempos de desempleo endémico soy vendedor clandestino en el metro de la ciudad más grande del mundo. Tengo mis productos y 30 millones de clientes que viajan diariamente como yo.

Reactualizo estado en todas mis redes sociales con solo pensarlo: «*Sintiéndome motivado*» (700 likes).

20:30 de la noche. 19 % de batería en mi interfaz neuronal.

Sin ella estoy ciego, desconectado del mundo. No puedo recargarla en casa. No puedo actualizar mis estados ni recibir paquetes de información. Además me duele el implante si no está activo.

Gracias al implante puedo realizar muchas tareas con solo desearlas: abrir y cerrar ventanas, ver películas pirateadas, conocer el estado del tiempo, hablar con mi hermana Citlalli en Los Angeles, intercambiar juegos con mi amigo Bogdan de Nueva Stalingrad y, si tuviera créditos, pesólares, Yuanes, Neorrublos, o lo que fuera, podría comprar comida, ropa, código y aplicaciones en la *dark web*.

No necesito un pedazo de plástico, metal y vidrio para hacerlo; solo este pedacito de seso añadido a mi corteza cerebral hecho de millones de neuronas modificadas. ¡Qué cosa más tonta era un *teléfono inteligente!*

Mi implante es robado y cuando por fin pude conseguirlo estaba tan feliz que puse una foto en todas mis redes (14 621 «me gusta»). Ahí puede verse un pedazo de tejido venoso y gris con el grabado láser que lo identifica: NEUROLINK INC. MILPITAS, CALIFORNIA. Y con él me siento seguro, completo. Pero no tengo dinero, ni energía para alimentarlo.

Actualización de estado: «*El que quiere, puede*» (301 likes).

20:49. Carga: 16 %

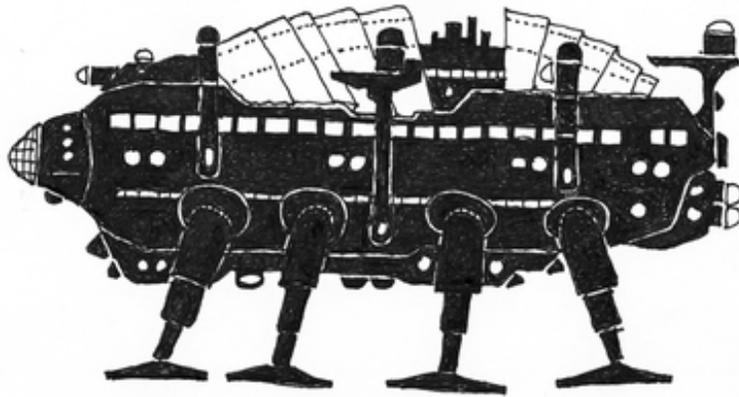
Cada *like* en mis actualizaciones provoca una microdescarga en el área cerebral del placer amplificadas por el NeuroLink, o como lo llamamos por estos lares, Neuroloco, o Neuras. A esta hora y con muchas entradas en las redes sociales ya me siento algo eufórico y ebrio de placer por toda esta aceptación. Amo mi Neuroloco.

21:26. Carga: 12 %

Esto es una emergencia. Llego a la estación. Hace frío a esta altitud en esta noche de noviembre. Los de las montañas estamos acostumbrados al aire enrarecido y sucio de las alturas. Diablos, la ceniza es un problema. El maldito volcán no explota ni hace erupción, solo escupe ceniza y a veces es tanta que llega hasta el centro de la Ciudad de México. ¿Es válido llamarla aún Ciudad de México? Hace 80 años absorbió toda comunidad, pueblo y asentamiento urbano de todo el inmenso valle donde se encuentra. Nueva Ciudad de Anáhuac es la convención.

Creo que hay más ceniza que de costumbre. El servicio meteorológico no ha emitido ninguna precaución.

Nací en la montaña, y los de abajo nos dicen *Los Teporingos* en recuerdo de esos conejillos que vivían únicamente en los bosques de las faldas del volcán. Hace 60 años todos los bosques desaparecieron. Después del último gran incendio nada volvió a crecer aquí, solo asentamientos urbanos irregulares, tiraderos de basura y chatarra industrial.



Nunca me cansaré de la vista desde aquí: una sola ciudad desde los volcanes hasta el valle y más allá. En las noches más claras puede verse toda la tierra iluminada como una inmensa galaxia. Los «me gusta» ya me pusieron hasta el cielo.

Actualización de estado: «*Nada más bonito que el volcán #consejodeteporingo*». (7 500 likes, tengo ya una sonrisa idiota mientras busco lugar en el andén).

21:33, 11 % de carga en el Neuroloco.

Ya no debo usar al Neuras. Debo regresar con al menos 5 % de batería, encontrar un lugar donde recargarlo sin que la red eléctrica esté vigilada para detectar dispositivos pirateados.

Con menos de 10 %, Neuras empieza a enviar impulsos eléctricos de incomodidad para que no te olvides recargarlo. Para motivarte empieza a secretar órdenes de hiperactividad cerebral, como una glándula diabólica y tiránica.

Los pensamientos se disparan a mil por hora. En la mente se activan canciones al azar, comerciales y publicidad ocultos en paquetes de información que se activan intempestivamente. Confuso, sí, pero creo que puedo lograrlo. Ya estoy en el metro, una vez los primeros pesólares ganados, podré activar mi aplicación de recarga pirata y absorber un poco de energía de cualquier dispositivo alrededor mío, como un vampiro ultraconectado.

Me coloco en un vagón central entre empleados de fábricas y maquiladoras instaladas que se preparan para trabajar en los horarios de la noche. Tengo lo que necesitan: dulces, chocolates, *shots* de adrenalina, falsas recargas de Neuroloco, discografías enteras, sueños y pesadillas.

Actualización de estado «*Llévelo, llévelo, 100 pesólares le vale, 100 pesólares le cuesta*» (5 300 likes, siento cosquillas en todo mi cuerpo).

21:45, 9 % de carga.

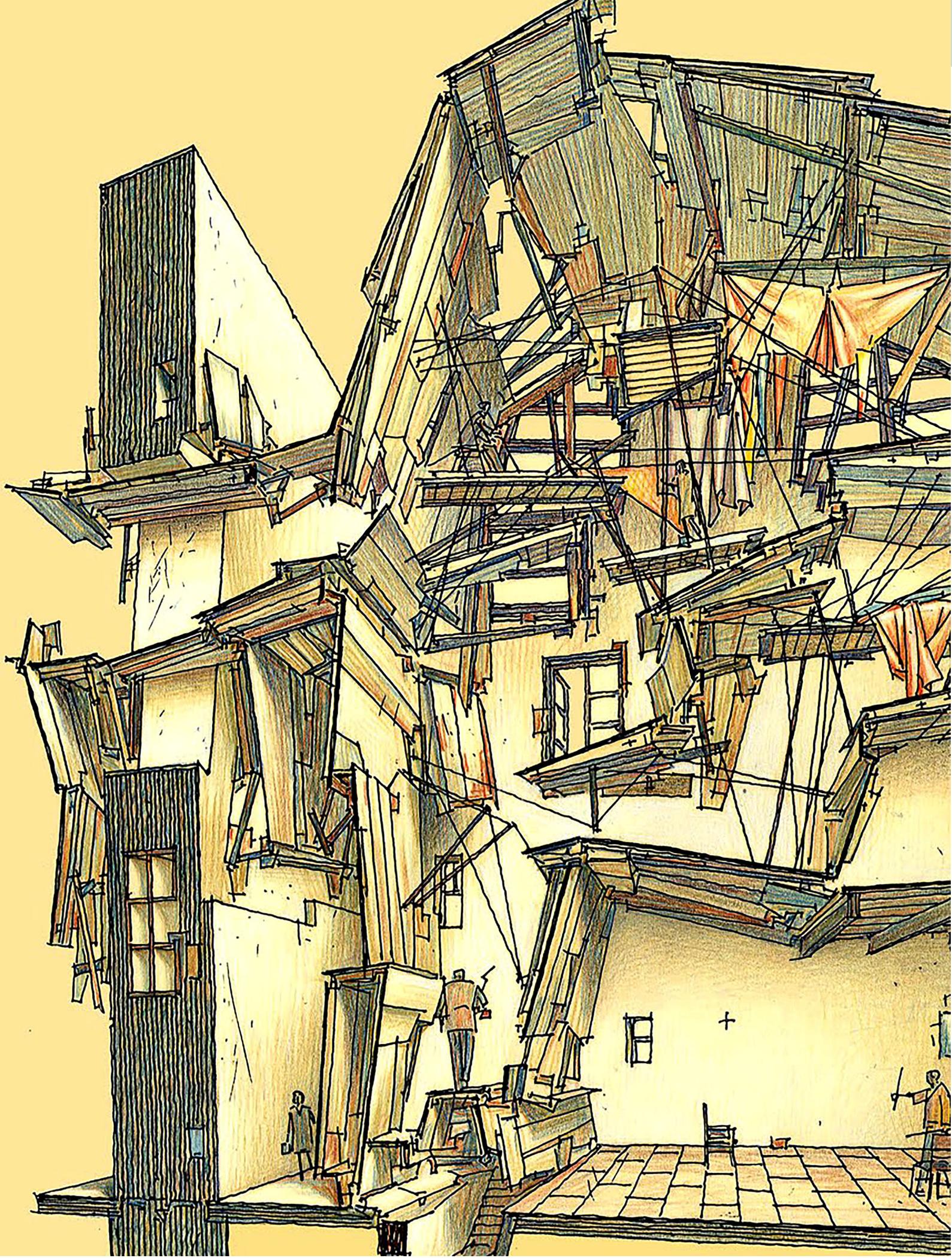
El tren se pone en marcha. Somos muchos: chinos, centroamericanos, africanos y claro, nacionales. Cuando los ex-Estados Unidos de América cerraron la frontera definitivamente, los migrantes naufragaron aquí, como si fuéramos una exclusiva para humanos. Hay muchos indigentes, personas que llamaríamos locos en otro tiempo pero que en realidad son como yo próximamente: idiotas que perdieron la conexión Neurolink.

Actualización de estado «*Todo menos eso*» (60 likes).

Como un latigazo bajo la tierra, el mundo se mueve violentamente. Nos detenemos, entre sacudidas. Aturdidos vemos por las ventanas un resplandor de fuego que se levanta. Salgo del tren trastabillando, aturdido. La erupción empieza. Tengo miedo pero al mismo tiempo nada me importa, el Neuras me manda una última descarga endorfinal para resistir su desconexión. Un segundo estremecimiento nos sacude. Una ola de fuego nos alcanza.

21:53, 1 % de carga. Pérdida de Neurolink definitiva.

Última actualización de estado: «*A Pedro Tenoch Tlaltepa no le gusta esto*».¬



ALIEN, EL OCTAVO CIUDADANO

ITALA SCHMELZ

► VISITA AL ZOOLOGICO

Hace unos sábados, fui con mi familia al zoológico de Chapultepec. Inesperadamente, nos topamos con miles de paseantes conformando una horda que se densificaba hasta que los sujetos perdían individualidad. La concurrencia se extendía más allá de donde alcanzaba la mirada, no había escapatoria ni vuelta atrás; ese flujo colectivo coartaba la voluntad propia para avanzar. Muy pronto, el estigma de la diferencia racial se posó sobre mi conciencia, nuestra piel blanca nos excluía de esa masa morena y nos hacía evidentes: éramos los turistas, los patroncitos, los gringos; nuestra presencia se sometía al escrutinio de esa masa homogénea de mil ojos y multitud de extremidades, que no dejaban de señalarnos. ¡Mira qué bonita güerita de ojo azul! —decían algunos, acercándose a tocar las mejillas de mi hija, con el mismo recelo y fascinación con los que, hace más de quinientos años, sus antepasados indígenas recibieron a los *teúles* de Occidente.

Mientras la densidad humana, especie que domina la faz de la Tierra, se desbordaba por los paseos del lugar, las jaulas de los animales

parecían vacías. Arrastrados por la corriente de almas, no llegamos a observar ningún animal enjaulado, si acaso, al fondo, deprimidos bultos peludos; pero leímos sus nombres en aparatosos letreros que los calificaban biológica y taxonómicamente. Los zoológicos actualmente forman parte de la oferta del entretenimiento para las masas, la población urbana supone experimentar una relación con la naturaleza, sin embargo, lo más cercano al mundo natural son los muñecos de peluche que se venden en centenares de puestos ambulantes; los diseños reproducen los animales que no vimos, pero deformados por los imaginarios dominantes: un pato es el Pato Donald y un león, el Rey León.

En el zoológico hay un Mariposario. Se trata de un ambiente artificial para la reproducción de una gran variedad de mariposas que se cultivan en una incubadora de capullos. Al nacer, son liberadas en un pequeño jardín con techo de vidrio, temperatura y humedad controladas. El acontecimiento de la vida, que sugiere recato y contemplación, por el contrario, se convierte en oportunidad para el relajó. Animadores y animadoras jóvenes, promueven equipos para echarle porras a los capullos, compitiendo para

ver cuál se abre primero: ¡El equipo que grite más fuerte gana!, dicen jubilosos, mientras que padres e hijos gritan excitados, como en un programa de concursos televisado, al tiempo que del capullo nace tímidamente una mariposita de probeta.

Salí del zoológico de Chapultepec como expulsada de una vorágine terrible y con la sensación de que bruscamente el futuro nos había alcanzado. La utopía moderna, es apenas un simulacro que siguen utilizando las compañías inmobiliarias como estrategia de mercado; mientras que nuestro presente escenifica las distopías del progreso prospectadas por los grandes autores de la ciencia ficción.

Cegada por este choque con el futuro, tuve que hacer un viaje al pasado; sólo echando el tiempo atrás se puede recrear la sensación futurista del presente. El Bosque de Chapultepec, desde el punto de vista de su virginidad geológica, era uno de los montículos más altos del valle de México y podía observarse como un islote dentro del lago de Texcoco. Durante el imperio azteca, Nezahualcóyotl, príncipe y poeta, construyó un acueducto que llevaba las aguas de los manantiales de Chapultepec a Tenochtitlan, surtiendo de agua potable a la ciudad. Esto le dio el derecho de vivir en Chapultepec, consagrando el lugar al dios del agua: Tláloc, con fuentes y fosas que abundaban del dulce y cristalino líquido; además, sembró árboles que mandó traer de todo el imperio y creó ambientes especiales para los animales de su zoológico exótico.

A su llegada, Hernán Cortés incendió el zoológico y destruyó el acueducto sometiendo a la ciudad, posteriormente hizo un rastro para ga-

nado y corridas de toros, degradando la flora. En la cumbre, los monolitos que hacían homenaje a los tlatoanis mexicas fueron derribados, para instalar una capilla al Arcángel San Gabriel. Durante la Colonia se construyó un castillo para hospedar a los virreyes. Brevemente en 1864, fue morada del duque austriaco Maximiliano y de su esposa Carlota, que hicieron traer mobiliario, vajillas, platería y óleos de refinado gusto europeo, para sentirse como en casa. Porfirio Díaz, para los festejos del centenario de la Independencia, remozó el parque con estilo afrancesado, creando los lagos artificiales que actualmente conocemos. Durante el periodo postrevolucionario se instalaron en el castillo los primeros mandatarios del país, hasta que el Presidente Lázaro Cárdenas, en 1939, cambió su residencia a Los Pinos y el castillo se volvió Museo Nacional de Historia. El zoológico se inauguró en 1924, gracias a las instancias del biólogo Alfonso Luis Herrera, quien con la idea de recrear el perdido zoológico mexica, logró reunir un buen número de animales.

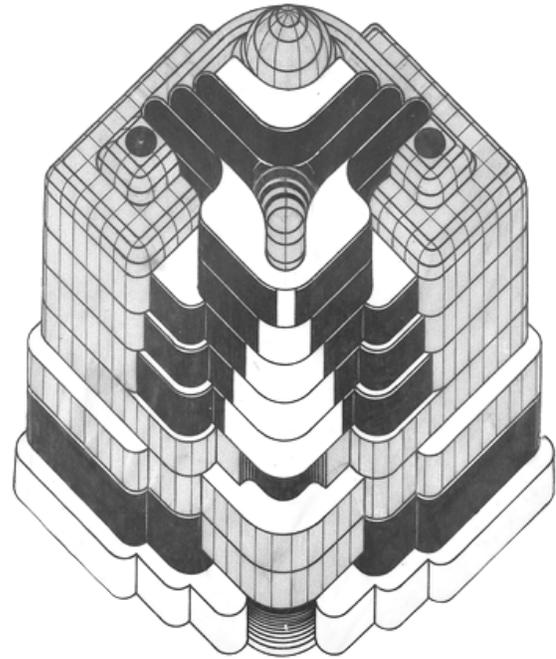
Con las reformas del modernismo, construyeron en su entorno el Museo Nacional de Antropología, el Museo de Arte Moderno y el museo de Historia Natural; una gran aportación es el mural y la fuente escultural dedicados a Tláloc, creados por Diego Rivera en plena reivindicación del pasado indígena millenario. En los años cuarenta y cincuenta aún era un paseo aristocrático, mas poco a poco se convirtió en el lugar predilecto de las criadas, los obreros y los mil usos llegados de provincia. En los ochenta devino boca de lobo, escondrijo de asaltantes y violadores. Finalmente, bajo el

salinismo de los noventa, una remodelación llevó al zoológico a su disneylandización, con servicio de McDonald's incluido.

Chapultepec, en náhuatl, significa el cerro de los grillos. Actualmente en este lugar no hay grillos; abunda la especie humana. De manera muy parecida a esos insectos, que se juntan en enjambres gigantescos y que actúan como plagas devorando todo a su paso, la sociedad de masas ha devastado el entorno natural de Chapultepec. Hace tiempo que de los manantiales ya no brota agua y los lagos artificiales, creados por Porfirio Díaz, tienen un aspecto radioactivo. Este bosque representa el cincuenta por ciento de las áreas verdes de la ciudad de México, la cual pasó de ser calificada como la región más transparente (Carlos Fuentes, 1958), a convertirse en una de las urbes más contaminadas y sobrepobladas del planeta. Si el futuro es ahora, ¿Cuál es ahora nuestro futuro?

► LA ESQUIZOFRENIA POSCOLONIAL EN LA QUE VIVIMOS

Tras la conquista, la Ciudad de México se volvió el bastión del poder colonial, segregando a los indios sobrevivientes hacia los barrios de la periferia. Actualmente, la zona residencial de Las Lomas, los malls del sur, los hospitales de Santa Fe, los restaurantes de Polanco, La Condesa y La Roma, donde se mueve “la gente bonita”, son emplazamientos de la modernidad adquirida por la minoría criolla y mestiza. Mientras la mayoría de origen prominentemente indígena, desarraigados de los



modos de vida rural y comunitaria, continúan formando cinturones de miseria. Chapultepec, la Alameda Central, la Villa, el Zócalo, son los centros de encuentro de esta plebe, para la cual la ciudad se muestra inaccesible. A su vez, estos lugares describen la geografía de sus antepasados en este mismo valle, hoy sofocado por la industria y la urbanización.

En su libro *Bye bye Tenochtitlan*, Armando Ramírez presenta a la Trucha Vagabunda, un migrante de alguna comunidad indígena, en proceso de urbanización, en su día de asueto: “Los lentes oscuros bien puestos, el suéter amarillo que hacía resaltar su piel morena, sus mocasines con hebillas doradas y su corte de pelo que tímidamente comenzaba a ser punk.” Cada domingo, la Trucha Vagabunda se daba cita con la *Raza* en la Alameda Central, sin embargo, nunca se le ocurrió cruzar al otro

lado, donde estaba el Hotel del Prado: “ese hotel era como si no existiera para él, era un mundo aparte que ni siquiera se tomó la molestia de registrarlo en su mente; él no sabía, pero había sido educado, formado, condicionado de tal manera, que daba por hecho que la Ciudad de México estaba construida sobre diferentes dimensiones, y la que él usaba en la Alameda Central y la que tenía el Hotel del Prado no estaban en la misma frecuencia.”

En su novela *Un mundo feliz*, Aldous Huxley describe una sociedad futura donde los seres humanos se producen en probeta. Mientras los alfas, genéticamente superiores, tienen acceso a todos los privilegios, los betas son diseñados prenatalmente como obreros. Sin necesidad de creaciones en probeta, en nuestro país la raza determina un orden raro vez transgredido entre los que mandan y los que sirven. En México, la relación entre los blancos y los morenos “tiene atravesada una tranca estigmática, que actúa tanto en la cabeza de los individuos como en las dinámicas sociales”, señala Bonfil Batalla.

La sociedad urbana y acomodada en México, caracterizada por su fobia a lo naco, es decir: el desprecio a cualquier rasgo que revele la estirpe indígena, siempre ha importado los modelos de conducta y pensamiento de Estados Unidos y Europa. Las clases media y media alta “no poseen una cultura desarrollada por ellos mismos, consumen los productos culturales ajenos que ofrece un mercado (global) hábilmente controlado.”

Por su parte, los indios estrictamente, “han sido desindianizados”. El *American dream* se ha inoculado en estas capas más bajas, al saltar

por millones a las urbes o hacia el otro lado, para trabajar de indocumentados haciendo dólares. Estas nuevas influencias se adhieren al limo popular, mas se conservan muchos rasgos que revelan su origen. Como en todo el mundo, los mexicanos hoy comen tacos pero también pizza, pulsán los botones de sus gadgets y sus pads, toman *Coca-Cola*, visten con versiones pirata de las marcas de ropa transnacionales, usan maquillajes baratos y joyería de fantasía. Su sincretismo integra la modernidad *made in China* y a la vez recrea el gusto por el color, la máscara, las perforaciones y los cabellos erizados de sus antepasados.

Si hace un siglo a la ciudad llegaban indios vestidos con manta blanca y enormes sombreros, los nuevos indígenas, brotes que han surgido de las raíces de los árboles truncados, quizá no conservan su vestir pero aún hablan las viejas lenguas. En la ciudad, persisten ritos y celebraciones de origen indio, como los mercados, las calzadas abiertas en donde se desarrolla la vida pública, el consumo de chácharas y de fritangas, y las peregrinaciones a los grandes santuarios como Chapultepec y la Alameda. Estas congregaciones populares exaltan una identidad indígena genérica, innegablemente superviviente.

Sometidos por el poder y controlados por el mercado; venden su mano de obra y se integran como rebaño manso a los dictámenes de la modernidad pero, como señala Elías Canetti en su libro *Masa y poder*: “toda orden deja en aquel que está obligado a ejecutarla un penoso agujón”. Esta masa evidencia lo parcial del triunfo de la cultura globalizada, en tanto que representan el 80 por ciento de la población

que no goza de la ficción cosmopolita del “bienestar”. Tras siglos de dominio, han crecido desarropados por la modernidad y a la vez han perdido el paraíso originario, el derecho a su cultura y a su fe, así como a alimentarse de su tierra.

Armando Ramírez, en su historia de La Trucha Vagabunda, afirma que: “la masa y el número han tomado por asalto posrevolucionario el paseo de la Alameda Central” y agrega:

Aquí *Sociocultur* nada tiene que ver. ¡Que me caiga un rayo láser jupiterino, si su metodología de desarrollo social, programada para la convivencia urbana, pergeñó el aterrizaje del *Alien*, el octavo ciudadano!

La cuestión racial es sólo uno de los elementos que determinan la condición social, además, la movilidad económica y los mestizajes, permiten ver una sociedad más diversa, sin embargo, estas mayorías, no solamente en México sino en todo el orbe que fue colonizado, coinciden por ser mucho más pobres pero también porque, en mayor o menor medida, el color de sus pieles y sus fisionomías son reminiscencia de las culturas milenarias atropelladas por el progreso de occidente. Jean Baudrillard en su libro *La ilusión del fin*, advierte que:

En las inmediaciones de esta masa la historia se enfría. (...) Esa densidad frena al tiempo hasta el punto de que a partir de ahora la percepción y la imaginación del futuro, se nos escapan. Cualquier trascendencia social, histórica, temporal, es absorbida por esa masa en su inmanencia silenciosa.

“Hasta ahora unos pocos controlan a los muchos que amenazan el status quo”, observa Canetti y señala que: “los invisibles, cobran presencia como masa, unificándose, densificándose.” Esta masa va en búsqueda de su máxima densidad y crecimiento, nunca está satisfecha, integra todo lo que está a su alcance y destruye todo a su paso. Las descripciones de Canetti hacen pensar en: la mancha voraz (*The Blob*, Irvin Yeaworth, USA, 1958), traída del espacio exterior por la imaginación paranoica de la ciencia ficción hollywoodense. Y es que, estas multitudes, así como se juntan para el paseo y la fiesta, se convocan para la huelga y la revuelta. Su número hace posible la inversión de los poderes: “Cuando los muchos se encuentran en una masa, pueden hacer que resulte lo que estaba vedado en un nivel individual. Juntos pueden volverse contra aquellos que hasta ahora les han dado órdenes.” ▽

BIBLIOGRAFÍA

Baudrillard, Jean. *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1993.

Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*, Editorial Debolsillo. México, 1987.

Canetti, Elías. *Masa y poder*. Muchnik Editores. Barcelona, 1960.

Ramírez, Armando. *Bye Bye Tenochtitlan. Digo yo no más digo*. Narrativa Grijalbo. México, 1991.

THE URBAN MARKET



THE CITY AS A RESPONSIVE ENVIRONMENT

LA INVENCIBLE

DANIELA LÓPEZ MARTÍNEZ

Un hombre atraviesa un largo sendero que se extiende bajo gigantescas columnas metálicas. El largo sendero está suspendido por hilos de metal que se entrecruzan hasta formar una gran red. Aquel lugar que parece un extenso puente le conduce hasta Santa Hildegarda, la ciudad colgante.

En esta ciudad, los objetos tienen la extraordinaria capacidad de cambiar su forma. Hay edificios y casas que cambian su arquitectura dependiendo del clima o del número de personas que albergan. Algunos objetos se dirigen a sus dueños con sonidos que asemejan gemidos de animales. Sus chillidos son inquietantes. La ciudad está adornada de esculturas gigantescas y cambiantes cuya belleza hipnotiza a los visitantes. Grandes estatuas de mármol protegen la ciudad, algunas representan el caos: figuras humanas con cabezas de pájaros exóticos.

Ivan Petrowski va en busca de su amada Sonia. En la entrada, Petrowski se encuentra con algunos habitantes de Santa Hildegarda que lo miran con extrañeza.

Un mercado se extiende a lo largo de una calle alumbrada por luces artificiales y adornada con esferas de cristal. Al fin, reconoce a uno de entre todos aquellos rostros: al frente del puesto de objetos místicos encuentra al señor Julián, padre de Sonia. Petrowski inclina levemente la cabeza en señal de saludo y el señor Julián le extiende la mano. En ese instante, recuerda haber oído rumores de que Santa Hildegarda está en riesgo de ser destruida por un meteorito.

—Vengo a buscar a Sonia —dijo Petrowski.

—Sonia, mi querida Sonia, ha desaparecido. Mi esposa y algunos vecinos, buscamos incansablemente en cada rincón de la ciudad, pero no encontramos a mi querida hija.

Petrowski sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Su corazón se agitó y su blanco rostro empalideció aún más.

—Lo lamento muchísimo, joven Petrowski —continuó el señor Julián—, sabemos cuánto ama usted a Sonia; nos alegramos cuando ella salió con usted de esta ciudad, pero estamos convencidos de que nadie puede irse nunca de aquí. Estamos condenados a permanecer en esta ciudad. Lo único que puedo ofrecerle es comida y un refugio. Supongo que estará cansado del viaje.

En seguida, el señor Julián tomó del brazo a Ivan y lo condujo detrás del puesto de objetos místicos. Una vez allí, Ivan Petrowski pudo ver con más detenimiento los rostros de los habitantes, una expresión de inconfundible angustia reinaba en cada uno de ellos, incluyendo a los más pequeños. La señora Beatriz, madre de Sonia, lo saludó con afecto. «La peculiaridad que caracteriza a estos hombres y mujeres —pensó Ivan — reside en su exótica belleza, su piel morena, suave y tersa, los hace ver más jóvenes». La imagen de Sonia existía de manera inevitable en su memoria, cobijaba sus sueños albergada en sus días como una presencia infinita. La belleza de aquella muchacha había quedado impresa en la profundidad de Petrowski.

Días más tarde, Ivan salió a dar un paseo. Sus ojos se posaron en las cosas de aquel lugar: las estatuas cambiaban sus colores, de azul ocre pasaban a un verde oscuro. La luz solar atravesaba los grandes ventanales de lo que parecía ser un templo. Llamó su atención la arquitectura de aquel lugar por la arrogancia con que se erigía: parecía un inmenso diamante que cargaba en su cima una enorme cruz. La simetría de sus ventanales era casi perfecta y la reflexión formaba en el piso un arcoíris que se dibujaba sobre la sombra del prisma. Como si la ciudad pudiera modelar a su antojo más que estatuas y edificios. Mientras apreciaba aquel fenómeno, escuchó una revuelta entre los habitantes. Algunos niños corrieron hacia donde se encontraba.

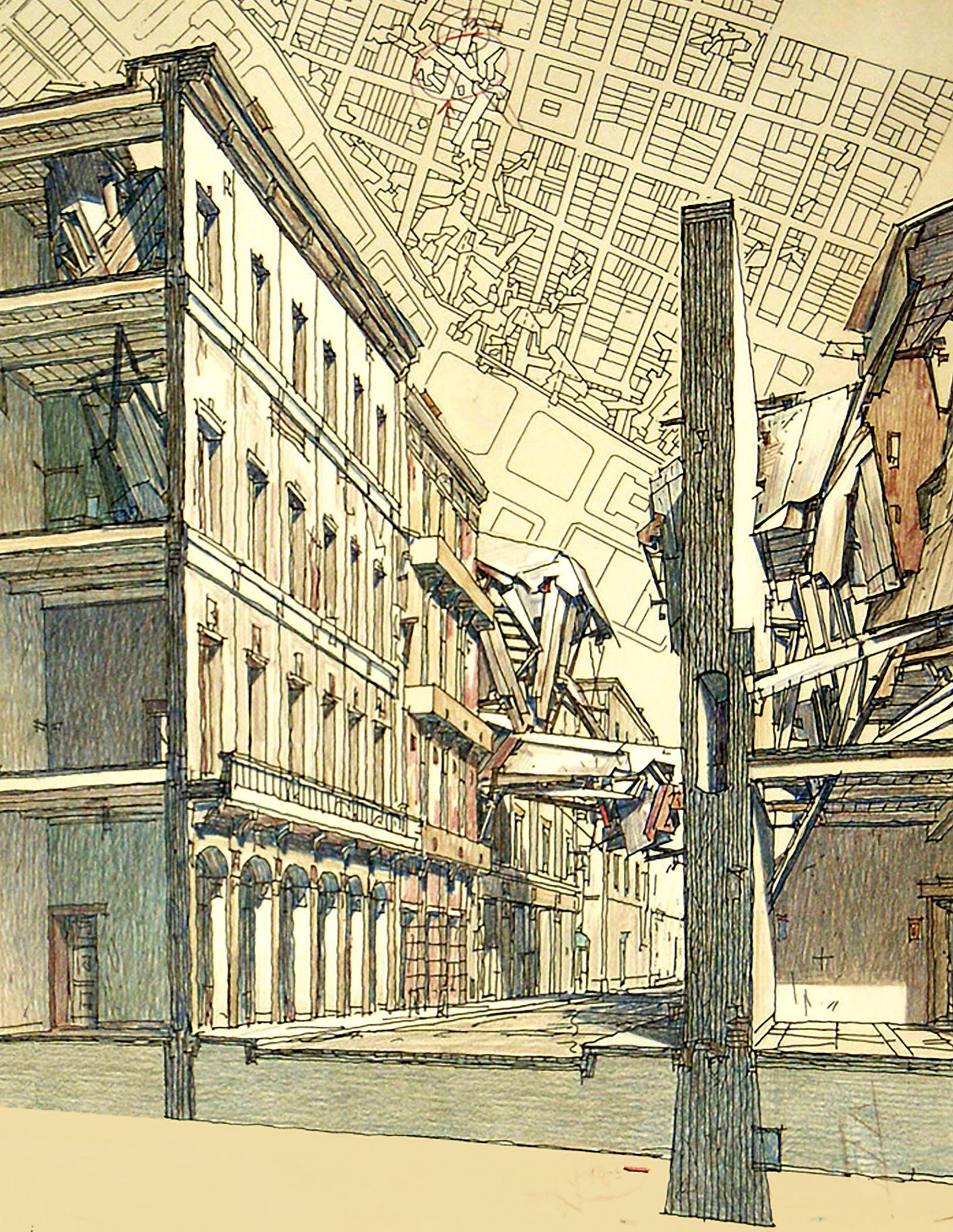
—¡Sálvanos, señor, por favor! ¡Ya viene! —dijo uno de ellos.

—Debemos refugiarnos, entonces —dijo Petrowski y se dirigió con ellos hacia el templo.



Entraron juntos al templo vacío. Cuando estaban dentro, escucharon un intenso ruido que provenía de afuera y los gritos desesperados de hombres y mujeres. Instantes después, pudo ver que todo ardía en llamas. Un crujido en el piso sacudió el recinto; vio cómo las bancas de madera oscilaron y el altar desnudo de imágenes sacras, que se encontraba al fondo, cayó al piso. Atónitos, vieron a través de los ventanales cómo un enorme chorro de agua surgió del suelo y apagó el incendio. Enseguida todo recuperó su forma, el crujido cesó y el resto de los objetos dejó de oscilar.

Al fin salieron. Momentos después, los niños se reunieron con sus padres. Petrowski seguía atónito por lo ocurrido. Un denso vapor inundaba la atmósfera. Entre todos los rostros alarmados, Ivan Petrowski pudo ver a una pequeña muchacha que se escondía detrás de un arbusto; su inconfundible rostro fue atravesado por los escasos rayos de sol que anunciaron el atardecer, se trataba de Sonia o de una imagen que imitaba su terrible belleza. Sin dudarlo, Petrowski corrió hacia ella, pero la proyección se desvaneció. ─



PODEMOS CUIDARNOS SOLOS

NORMA LETICIA VÁZQUEZ GONZÁLEZ

I

Los niños nacen y se quedan en la clínica unos días, mientras los amamantan las mamás. Después son llevados a las ciudades de cuidado y entrenamiento donde las nodrizas se hacen cargo y los dejan en cuneros.

Así viven los primeros meses: enfermeras y voluntarias los cuidan, pero prácticamente van creciendo solos. Al año de edad y con ayuda de monitores, empiezan a ver videos de niños hablando, comiendo y vistiéndose.

Empiezan a elegir sus juguetes y a comer solos. Y a esa edad o antes, dejan de tener contacto materno y con cualquier otro adulto. Nunca ha pasado una situación grave donde se ponga en peligro la vida o el bienestar de un niño; eso era antes, cuando los padres los tenían en sus casas.

Ahora todo será diferente. La idea no fue tan mala después de todo. Nos dieron poder a las guarderías y, con ayuda de nuevas leyes, nos fuimos quedando con los niños de forma permanente. Los niños ni siquiera son del Estado, son *de ellos mismos* para siempre.

Así los fuimos dejando. Nadie protestó, y si lo hicieron les dimos tiempo para contenerlos. A quienes no aceptaban la nueva situación, los encerramos para siempre; no íbamos a permitir que siguieran dañando a sus hijos, a nuestros niños.

Digamos que actuamos oportunamente y las condiciones nos facilitaron todo. Con ese grado de control pudimos ir al siguiente nivel: quitarles poco a poco a sus hijos. A estas fechas son pocos los que nacen de manera natural, como decían hace años, ahora casi todos nacen en probeta. La vida familiar, así como la palabra “familia”, ya no existe.

En mi zona, tenemos quinientos niños de dos a cinco años, las edades más difíciles, porque la asistencia médica es más necesaria, y es cuando aprenden a vivir.

Estoy en la sección de los más listos. Los regulares y los de aprendizaje por debajo de lo normal están separados. Así apartamos también a los más grandes, a los de distinto color de piel, raza y habilidades; entre más homogénea sea la población, es mejor para todos.

En unos años dejaré mi trabajo, debo elegir a mi sucesora. Ya con ciento tres años todo es cansado.

La elegida será digna del puesto, con iniciativa, algo autómata, pero con ideas nuevas para el bien de todos. La elegida será una mujer con capacidad de intuición superior a la mía y, sobre todo, una mujer más joven que yo en mis inicios. Una joven de veinticinco o treinta años sería ideal; soltera, alta, delgada pero fuerte, de blanca a morena. Así la quiero.

II

Puedo decir que soy feliz. Estudio y practico gimnasia con muchachos altos todos. Tengo un novio encantador, es igual a mí. No me hace falta nada, eso es seguro.

Mañana presentarán a la nueva encargada del Área de Sobresalientes, para mí es obligatorio que vaya porque es mi bisabuela quien entregará la estafeta, es raro que alguien aún tenga ese tipo de gente que antes llamaban familiares, pero así es la herencia. En

cambio, yo viviré hasta los sesenta si no me aplican la eutanasia antes.

Mi bisabuela era una niña cuando, en el Norte, levantaron un muro; lo hicieron para protegerse de la violencia de los del Sur, de América Latina, según dicen. Todo el mundo les dio la espalda.

Su padre era policía, así que vivió el cambio de cerca. Recuerda que la violencia era incontrolable, todos los días pasaban cosas malas en las calles, en las casas.

Después de controlar la violencia de las calles, los padres y la gente cercana empezó a liberar esa violencia en sus propias casas. Fue precisamente mi bisabuela, maestra de profesión y exmonitor del orden, la que sacó a mi padre de su casa cuando se enteró de lo que mis abuelos hacían con él. En pocos meses tenía a su cuidado a otros diez niños, todos víctimas de sus padres. Ese fue el impulso que la hizo apoyar la creación de nuestra era y sus leyes.

Es difícil imaginar un mundo así cuando ya ni las cárceles existen. La policía y el ejército dejaron de existir y los psicólogos, los maestros y los llamados monitores del orden llegaron a tener mayor demanda laboral.

Ya nada fue violento, ni los deportes, ni los libros, ni la televisión o el cine. El control era total.

Ahora los niños aprenden solos. Crecen como lo hice yo, en cuartos blancos acolchados, viendo todo el día videos en tercera dimensión donde modelos de nuestra edad, pero muy avanzados, nos enseñan a comer, vestir, estudiar y vivir. Si nos enfermamos, niños prodigio nos atienden; los médicos hacen casting, los que ya se ven como niños gracias a operaciones se encargan de nosotros.

Me conformaré con mi novio y nunca tendremos hijos, así podremos vivir en un departamento de cien metros cuadrados.

Debo dejar de pensar en el pasado por el bien del Sur, de América Latina, por mi bisabuela, porque nosotros, los niños de trece años, podemos cuidarnos solos. ▸



OCASO

ÓSCAR JUÁREZ BECERRIL

El horizonte nebuloso concentra dos melancolías inmensurables, la de la ciudad perdida y la del cielo abatido. El viento galopa la llanura generando pequeños torbellinos con los recuerdos de un pasado enterrado. Sólo quedan en mi memoria los rayos de sol que me calentaban por las mañanas mientras reposaba sobre bardas y azoteas infinitas, radiaciones que ahora son atrapadas por una atmósfera pantanosa y que mi cuerpo ya no necesita.

He perdido la noción del tiempo en esta espesura gris.

Automóviles y peatones se confundían estrepitosamente en las calles de polvo. Cruzaban un puente roído debajo del cual corrían aguas putrefactas.

El mundo estaba sumido en la entropía de los claroscuros. En el fondo de la escena, una elipse intransigente rompió el cielo, coronada por un ápice incandescente. Todo se apagó después del sonido atronador que se generó al perderse tras la colina. La bóveda celeste se incendió por unos instantes.

En cuanto escuché el primer estallido, impacto monstruoso contra la cotidianidad, corrí a refugiarme debajo de los elementos de concreto armado que alguna vez fueron un estadio mundialista.

Al despertar de un sueño incoherente donde el suelo se cimbraba atroz, salí de mi escondite para encontrar un lugar aún más devastado. Restos de casas y de sus miles de habitantes yacían destrozados pero nadie parecía importunarse por los incendios arrogantes y los gritos aislados. La periferia estaba cubierta por el velo sombrío de la extinción.

Durante mi recorrido por la catástrofe, encontré algunos sobrevivientes de mi especie con los que intercambié opiniones del suceso. Tanto los que bajaron del cerro como los que vivían en el basurero hablaban de la forma en que la detonación había acabado con todo, comentando las peripecias que habían sorteado para protegerse bajo los restos de la civilización, entre las rocas o en sus guaridas subterráneas.

Mientras se desarrollaban estas conversaciones, una silueta borrosa apareció a lo lejos. Conforme se fue acercando pude percibir que se trataba de un antiguo ser humano. Lo llamo de esta manera porque sus movimientos eran lentos, descoordinados, y sus facciones deformadas. Ofuscado por esta visión, sólo pude observar pasivo la manera en que este individuo levantó a uno de mis compañeros engulléndolo en el acto.

Desde ese momento, todos tuvimos que protegernos de manera constante de esas apariciones que iban menguando paulatinamente. Parece que los amorfos supervivientes no conseguían existir por mucho tiempo.

Al principio los sobrevivientes se agruparon en pequeños refugios que construían con el escombros que recogían de las antiguas construcciones o con vestigios herrumbrados de sus máquinas, pero estas moradas comenzaron a rodearse por sus propios cuerpos en descomposición.

Los que siempre vivimos ocultos en la sombra ahora nos encontramos en un entorno que mejoraba nuestras habilidades. Una nueva capacidad sensorial generó una emancipación irrefrenable de la corporeidad. Ahora podemos andar en dos o cuatro patas, correr a mayor velocidad y manipular objetos.

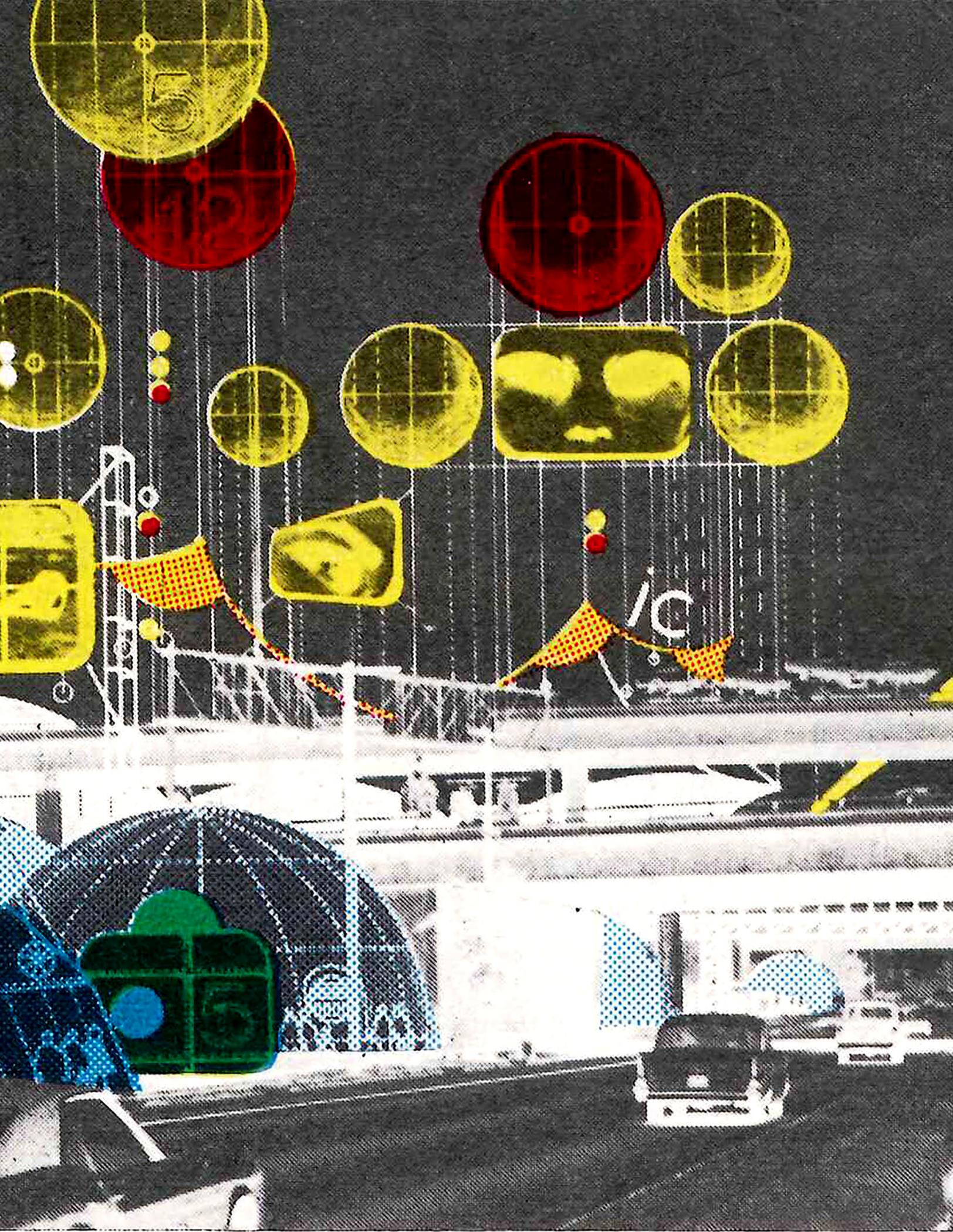
Nuestra dieta se vio favorecida con las nacientes condiciones del entorno, ya que algunos insectos, que usualmente nos alimentaban, no fueron afectados por el desastre, pululando incluso más grandes. Además, nos aventuramos a cazar pequeños mamíferos que subsistieron, criaturas exquisitas que forman parte de nuestra actualidad.



Dentro de este nuevo hábitat, los problemas prevalecieron al no ser la única especie en evolucionar; así que la lucha diaria continuó pero con mayor diplomacia. Los únicos entes por los cuales valía la pena preocuparse, no obstante su perdido semblante, eran los cuerpos porosos que persistían con ansias de vitalidad. Sus apariciones se hicieron cada vez más esporádicas, al grado de verlos como fantasmas de un antiguo pasado maltrecho.

La existencia transcurre con calma en esta realidad insondable que nos vamos apropiando.

Ahora, desde mi puesto de vigilancia observo asqueado la forma en que un cuerpo mutilado se arrastra dolorosamente hasta un recoveco gangrenado, donde husmea en busca de alimento. Anuncio la contingencia. Una patrulla aparece intempestiva para sumergirlo en el olvido. ▸



COTIDIANIDAD

JENIFER N. LUNA

Observó por la ventana. Dio una última fumada al cigarro electrónico que odiaba debido a la falta de sabor y la cercanía con la muerte que el tabaco real podía brindarle. Cerró la pantalla del ordenador. Su gato, que le había costado casi todo el salario de un mes por ser un ejemplar vivo, se acercó a ella y ronroneó por un poco de comida.

—Ya va —dejó de observar la ventana y movió la silla hacia atrás—. ¿Quién es un lindo gatito?

Recibió un maullido como respuesta y se levantó para buscar la comida. Al llegar a la cocina tecléo los números que abrirían las puertas y buscó una lata. Soltó una maldición al darse cuenta de que, debido al trabajo, había olvidado ir al mercado a conseguir la comida del gato.

—Tendré que ir de paseo. Ya vuelvo.

El gato le maulló. Ella tomó la cajita junto a su puerta y salió del departamento. Una vez afuera, el ruido de la ciudad llenó sus oídos, era difícil saber de qué pantalla provenía. Bajó la escalera directo a la calle.

Casi no recordaba la ciudad antes de que el ruido llenara las calles. Solo tenía presente el día en que las pantallas invadieron cada centímetro del espacio y el sonido fue subiendo cada vez más. Tenía presente el pánico en el que muchos entraron al darse cuenta de que sus cabezas estaban llenas de voces.

La cajita en su mano vibró para avisarle que debía conectarse. Sin más opción, colocó la cajita en su pecho y dejó que ésta se conectara a su sistema nervioso para ayudarle a ignorar los estímulos del exterior.

Odiaba conectarse, pero era un protocolo forzoso. No podía pensar en otra cosa que no fuera el comercial de las nuevas pantallas, o la nueva actualización de la cajita, o la canción que había

oído mil veces y que tenía que fingir era lo mejor del mundo. Mientras estaba conectada tampoco podía sentirse diferente al resto o la policía cibernética indagaría en su mente.

A llegar al mercado sintió una leve descarga eléctrica. Dio un paso al frente y escuchó el reloj activarse. Solo tenía diez minutos para hacer sus compras. Fue directo a donde estaba la anciana que vendía las latas de comida, donde había comprado al gato. Pidió la ración de todo el mes.

—Aún no llegan —se disculpó la señora—. El muchacho no tarda.

—Esperaré —dijo, ansiosa.

—¿Le ha gustado el gato?

—Sí. Había leído sobre ellos, me alegra tener uno real.

Miró el segundero. Ya habían pasado tres minutos.

—¿La ciudad es como la cuentan? —preguntó la anciana.

—¿Cómo?

—¿Llena de vida?

—Eso creo —«de vida artificial», pensó para ella misma—. ¿Va a tardar más?

—Ya debería haber llegado. Ustedes sí que tienen prisa.

—No tenemos opción —dijo con desenfado.

Vio a un joven caminando hacia ella con una caja de cartón. La anciana lo apresuró con un gesto de manos. Le quedaban cinco minutos.

—¿Lo mismo de siempre?

Ella asintió desdoblado una bolsa; la anciana metió las latas. Sacó el dinero en efectivo que había cambiado con un vendedor del mercado negro y pagó las latas. Estaba a punto de relajarse por haber logrado la compra cuando sintió otra descarga eléctrica que casi la hace soltar la bolsa. Le quedaba un minuto a su contador, así que corrió tan rápido como pudo, maldiciéndose por ser tan confiada. Podría odiar el ruido, la conexión que hacía para poder salir, el pensar como todos y fingir que era una persona feliz, pero sabía bien que si la exiliaban no sobreviviría un día sin tecnología.

Su reloj llegó a cero apenas salir del mercado. Se relajó y sonrió, feliz de haberlo logrado. Volvió a hacerse la promesa de no esperar hasta el último minuto para regresar al límite y caminó por la ciudad ignorando el ruido para darle de comer a su gato como siempre hacía. ▯

PSYCHO-PASS

サイコパス

Nombre de la serie: *Psycho-Pass*.
 Dirección: Naoyoshi Shiotani y Katsuyuki Motohiro. Guión: Gen Urobuchi.
 Production: I.G (noitaminA).
 Japón, 2012-2014. 33 episodios.

ANIME

PSYCHO-PASS

Rafael Tiburcio García

A la ciencia ficción le gusta imaginar las ciudades como espacios utópicos. El anhelo del sistema perfecto ha sido ensayado desde visiones que incluyen la intervención del estado, el libre mercado, la tecnología o la psicología social. Este último es el caso de la animación *Psycho-Pass*.

El Tokio futurista en que se ambienta la serie nos sitúa en medio de una sociedad controlada por el implacable sistema Sybil, un juez computarizado omnipresente e inflexible que gobierna todos los aspectos de la vida y garantiza la seguridad en toda esta utopía vigilando el coeficiente criminal de los ciudadanos (llamado *psycho-pass*).

La trama principal de esta serie se enfoca en la exploración no tanto de este sistema idealizado como de lo que ocurre entre sus fisuras, mientras sigue a los miembros de un equipo de seguridad pública que deben hacer frente a



los pocos criminales asintomáticos (aquellos cuyo *psycho-pass* no se ve afectado por cometer asesinatos).

Psycho-Pass se presenta como una serie *tech-noir* con un estilo visual *cyberpunk*, una animación que rehúye de los clichés típicos del anime de los últimos años y una historia que aborda con maestría temas de psicoanálisis, filosofía y sociología.

La serie parece plantearnos la siguiente advertencia: las soluciones no están en la subordinación a una ley inhumana sino en el control responsable y humano de esa ley que juntos hemos elegido para regularnos.



AUTORES

Itala Schmelz (Ciudad de México, 1968). Fue directora de importantes espacios de arte en México, donde promovió el arte moderno y contemporáneo, así como la fotografía. En 2013, fue seleccionada curadora del pabellón de México en la 55 Bienal de Venecia. Fue la realizadora de: *El futuro más acá. Primer festival de cine mexicano de ciencia ficción* (2003-2007). En 2019, programó el ciclo de cine: *Ucronías y distopías de la modernidad. Cine latinoamericano de ciencia ficción del S.XXI*, en el Museum of Moving Images (MOMI), de NYC y en la Cineteca Nacional.

Óscar de la Borbolla (Ciudad de México, 1949). Ensayista, narrador y poeta. Ha sido profesor de filosofía y literatura, guionista de programas radiofónicos y conferencista en universidades de la República Mexicana, Estados Unidos, Canadá y España; miembro de los consejos de redacción de *Los Universitarios*, *Plural* y *Blanco Móvil*. Su obra ha sido traducida al inglés, francés y serbocroata. Es colaborador de diversos periódicos y revistas culturales y Premio Internacional de Cuento Plural 1987 por *Las esquinas del azar*.

Ricardo Bernal (Ciudad de México, 1962). Poeta, cuentista, tarotista, profesor e investigador de la literatura de géneros en México. Premio Nacional de Cuento Salvador Gallardo Dávalos 1991 por *La palabra de los niños* y 1992 por *Leyendas de la muerte azucarada*. Premio Nacional de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz 1995 por el libro *Ciudad de telarañas*.

Armando Saldaña Salinas (Ciudad de México, 1969). Escribe reseñas de cine, televisión y cómics en publicaciones como *SuperSonic* de España, las revistas *Horizontum* y *Comikaze* en México, así como en los portales de *Lee+*, *Bunker*, *Metrópoli Ficción*, *Opción* (la revista cultural del ITAM), y la *Revista Digital de*

la UNAM. Además, gestiona el blog de reseñas literarias *Postcards From The Edge*. Ha publicado novelas y colecciones de cuentos. Su más reciente novela es *Leyendas del Café Habana* (2019).

Andrés R. Soto Valencia (México). Ha escrito crónica, cuento y poesía para algunas revistas en México (*La Mosca en La Pared*, *Marabunta*) y España (*Minatura*). Ha editado discos con sus grupos *Utopium* (Francia) y *Papermaps* (Canadá).

Plácido Romero (España). Ha ganado el IV Certamen de Microrrelatos La Risa de Bilbao (2013), el IV Concurso de Microrrelatos La Calle de Todos (2014) y el II Concurso Ávila Me Mata (2015).

Daniela López Martínez (México) es filósofa. Ha sido ponente en distintas jornadas estudiantiles y académicas organizadas por la UNAM, la UAM y la UACM.

Óscar Juárez Becerril (México). Estudió ingeniería civil y Literaturas Hispánicas. Actualmente cursa la especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX.

Norma Leticia Vázquez González (Chihuahua, México). Ha participado en las antologías: *Coordinadas de voces femeninas*, *No haremos obra perdurable* y *Flores de Luna*. Ha publicado los libros de relatos *Amor de un rato* y *Capirotada*.

Jenifer N. Luna (Ciudad de México). Ha colaborado en medios digitales y gestiona el blog *Letras de Luna*.

Rafael Santos (México). Ha sido ganador del premio de cuento FÓBICA 2019.

Víctor Grippoli (Montevideo, 1983) Artista plástico, docente y escritor. Es editor en *Editorial Solaris*.

Miguel Angel de la Cruz Reyes (Villahermosa, 1984). Ha publicado en cuentos en la Antología *Ixtlilton XXI* de la UJAT. Twitter: @angelcruz84

Rafael Tiburcio García (Villahermosa, 1981). Es autor de *Cuentos de bajo presupuesto* (2014) y de *Rabia|Ikari* (2015).

CONVOCATORIA COLONIZACIÓN 2020

La revista Espejo Humeante

INVITA

a participar en su sexto número mediante las siguientes:

BASES

1. Podrán participar autores iberoamericanos presentando un trabajo original de ciencia ficción cuyo tema sea: COLONIZACIÓN.

2. Los participantes podrán enviar un único cuento escrito en español del tema COLONIZACIÓN en sus distintas variantes.

3. El cuento deberá enviarse en un archivo de Word con las siguientes características: hoja tamaño carta, letra Times New Roman a 12 puntos, interlineado a 1.5, entre 750 y 1000 palabras, firmados con nombre o seudónimo.

4. Los cuentos se enviarán al correo electrónico espejohumeanterevista@gmail.com con el asunto: "convocatoria colonización. El autor deberá incluir una breve semblanza curricular no mayor a 50 palabras. Los trabajos se recibirán hasta el 27 de marzo de 2020.

5. El jurado estará compuesto por los miembros del consejo editorial de Espejo Humeante, quienes seleccionarán un máximo de 10 textos que aparecerán en el número, considerando formato solicitado, ortografía, redacción, coherencia, originalidad, desarrollo y verosimilitud de las propuestas. El consejo editorial no estará obligado a dar razón del rechazo de ningún texto y su fallo será inapelable.

6. Los textos seleccionados serán dados a conocer en las redes sociales de la revista el día 17 de abril de 2020.

7. Los autores seleccionados aceptan que el material de su autoría sea evaluado y sometido a las correcciones pertinentes de estilo, forma y fondo, en caso de que el comité editorial lo considere necesario, con la finalidad de garantizar la unidad de estilo y de contenidos de la publicación. No participar en las revisiones será motivo de descalificación.

8. Los textos aparecerán en el sexto número de Espejo Humeante, proyectado para junio de 2020.

9. Sobre los derechos de autor: los autores publicados conservan todos los derechos sobre sus obras y pueden reproducirlas en otras publicaciones. Asimismo, son responsables de las opiniones que expresen. La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual o industrial correspondientes a los contenidos aportados por quienes envíen material para su publicación, recae exclusivamente en quienes los envían, y de ninguna manera sobre la revista o el consejo de redacción.

10. El consejo editorial está facultado para descalificar cualquier trabajo que no cumpla con los requisitos de esta convocatoria y para resolver cualquier caso no previsto en la misma. La participación implica la aceptación de todas las bases.

Contacto:

espejohumeanterevista@gmail.com

Facebook y Twitter: @EspejoHumeanteR

